6881

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO * XVII

ZAGANO

MÁS ALLÁ DE LA VIDA

DRAMA

PRÓLOGO DE
POMPEYO GENER

1 pta.

3

MÁS ALLÁ DE LA VIDA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA BALADA DE LOS SUEÑOS (novela, 3.ª edición.) Barcelona.

AL TRAVÉS DE LA ESPAÑA LITERARIA, (dos tomos. 3.ª edición.) Barcelona.

EN LA BIBLIOTECA *Teatro antiguo y moderno*, de Barcelona:

MÁS ALLÁ DE LA VIDA (drama en tres actos, 5.ª edición.)

EL DOMINADOR (drama en cuatro actos, 3.ª edición.)

NIRVANA, comedia dramática en tres actos.

ALMAS QUE LUCHAN, alta comedia en tres actos.

BÁRBAROS Y EUROPEOS (filosofía y crítica).

EN PRENSA:

INTIMIDADES LITERARIAS (De mis peregrinaciones.)

EN PREPARACIÓN:

LEY DE AMOR, alta comedia en tres actos.

LASALLE, drama histórico en cuatro actos.

JOSÉ LEÓN PAGANO

MÁS ALLÁ DE LA VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS

Prólogo de POMPEYO GENER

LIBRERÍA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO. 20. — BARCELONA : : : : : : : : : 1906

Es propiedad.

Fidel Giró, impresor. — Valencia, 233, Barcelona.

Al Doctor

Joaquín V. González

Eminente literato y Hombre público

Mi ilustre amigo:

Doy á la estampa una edición nueva de ***Más allá de la vida,*** *pues se agotaron las cuatro anteriores que se han venido sucediendo desde cuando he tenido el gusto de dedicarle la primera de ellas publicada en la revista "Ideas."*

Si me complace el favor que hasta aquí le ha dispensado el público á este drama es, sobre todo, porque el nombre de usted figura en su página de preferencia.

José León Pagano

Madrid, Enero de 1906.

672664

CARTA-PRÓLOGO

Señor don José León Pagano

MI QUERIDO É ILUSTRE AMIGO:

E pide usted un prólogo para su drama *Más allá de la vida*, estrenado con tanto éxito en el teatro de la Gran Vía, por la señora Blanca Iggius (éxito de público y de crítica, que se confirma ahora al ser representado traducido en lengua catalana), y á fe mía que este prólogo va á ser un ornato inútil, pues usted es de aquellos autores que no necesitan ser prologados, teniendo, como usted tiene, valía propia para presentarse directamente al público. Me explicaré.

Las inquietudes de su temperamento le impulsaron á dirigir sus facultades mentales á las manifes-

taciones de la inteligencia, más opuestas entre sí.

Ello indica dos cosas, desde luego: la versatilidad, que es su idiosincrasia de usted, y la flexibilidad de su cultivado espíritu. Así ha podido pasar usted de la filosofía á la novela, del ensayo filológico al drama y de éste á la crítica científica.

Los juicios cosechados por sus producciones en Francia, Alemania, Italia y España, abonan la excelencia de las mismas.

Pablo Montegazza, al juzgar uno de sus libros, lo presenta como modelo del género, con las palabras siguientes: « Es ésta una obra de psicología positiva que debiera ser emitada por todos aquellos que escriben la historia de un hombre, ya pertenezca á qualquier jerarquía del pensamiento ó del sentimiento.» D'Annunzio ha llamado revelador su docto libro, acerca de la literatura catalana; el eminente sociólogo italiano, Fausto Squillace, transcribe, íntegro, en su fundamental obra *Principios de Sociología,* el paralelo que usted hace entre las teorías sociológicas de Federico Nietzche y las de un filósofo catalán á quién no me es permitido nombrar...

En París se aplaude, sin reserva, su *Á través de la España Literaria,* obra que también, entre nosotros, inspiró á doña Emilia Pardo Bazán un jui-

cio que, á no dudarlo, debe halagar á usted; en Alemania la Revista *Das litterarische Echo* llama la atención sobre sus estudios magistrales, acerca de nuestros dos grandes poetas, Guimerá y Verdaguer, como antes lo hiciera *La Revue Bleue,* con lo que á Pérez Galdós se refiere. ¿Qué más?

Sí, amigo mío: la producción de usted, ya vasta y compleja, es un testimonio permanente de su talento; ella dice más de lo que yo pudiera decir sobre lo que usted puede y sabe. Sin embargo, siendo como es usted mi amigo del alma, voy á decir cuatro palabras acerca de su *Más allá de la vida,* y antes me permitiré ocuparme, aunque someramente, de su personalidad literaria.

Es usted uno de aquellos escritores dotado de sensibilidad exquisita y de intelecto claro, que perciben los más pequeños tonos, lo mismo de los acontecimientos que de los caracteres. Pero ello no es todo, además de estas cualidades, raras por cierto, tiene otra muy notable, quizás la primera que un autor tener pueda, y ésta es la de ser franco, leal, directo. Cuando usted escribe es porque siente y piensa, y siente y piensa tal cual lo escribe.

Su pensamiento y su frase son una misma cosa. En su estilo late su corazón. Y, además, expresa

usted lo que concibe con una brillantez y una delicadeza indecibles. Así es que su drama *Más allá de la vida,* ha resultado, á más de relevante por sus situaciones dramáticas, una verdadera joya de arte, cincelada y esmaltada, cuál las que realizaban aquellos artistas florentinos del Renacimiento.

Ya queda dicho en el prólogo de la traducción catalana: «Este drama, que tanta sorprea causó por el misterio de que está impregnada, demuestra que su autor es un verdadero poeta y un pensador profundo, el cual estudia lo más hondo de la vida, aquello que no saben ver los superficiales.»

El drama que usted nos ofrece es, por decirlo así, doble; presenta usted, en primer lugar, á Jorge, como un caso de inestabilidad mental (¿Federico Amiel? ¿Bartrina?) y aporta usted con ello un personaje nuevo á la literatura dramática. Todo el proceso psicológico, ó mejor dicho, psico-patológico, hasta la muerte de Jorge, está trazado como pudiera hacerlo un clínico. Este personaje y Ana Falchi, que le roba el libro y lo publica como propio, por sí solos darían lugar á una acción dramática intensa. Pero hay más: la madrastra de Jorge, que antes le alejara del hogar, y al verle volver del extranjero y al reconocer su tanlento, se enamora de él, y lucha con Ana, su antigua amiga,

constituye lo que podríamos llamar un drama pasional, paralelo del psico-patológico. Y este viene á hacerlo resaltar la inocencia de niñita Adela hija de Carlos y de su segunda mujer, Clara. ¡Qué hermoso final el del primer acto, cuando la niña se duerme, rezando el Padre nuestro, mientras la madre mira, al través de los cristales, alejarse á Jorge con Ana! ¡Y cuán profundamente hermoso el del último, cuando Jorge cae desplomado de los brazos de Clara, que le sostiene, y la inocente Adela exclama, batiendo palmas: *¡Qué bien hace el muerto!* Crea usted que son estos dos finales dignos de un primer dramaturgo. ¡Y la descripción de la fiesta del Redentor en Venecia! Toda ella es una evocación maravillosa hecha con la magia de un pintor colorista que ve con ojos de poeta.

Muchos otros pasajes podría citar á cual más notables, como, por ejemplo, la escena del altercado entre la codiciosa Ana y Clara, que enamorada ya de su hijastro, adivina las intenciones de aquella mujer que á más de haberle robado el corazón quiere robarle su libro. La obra, es, en una palabra, digna de un gran escritor; ella está magistralmente construída. Usted, amigo Pagano, empieza por donde muchos acaban ó no llegan nunca. Guimerá (ya lo vió usted la noche del es-

treno) quedó admirado de las altas cualidades que revelaba usted en ella. — «Esta ya no es una promesa sino una realización» — exclamó, entusiasmado. Y ¿qué puedo decir yo después de Guimerá, el gran poeta, nuestro primer dramaturgo? ¿Qué puedo decir yo, que no haya manifestado el público, compuesto de las eminencias intelectuales de Cataluña, como pudo ver usted en el banquete con que celebramos su triunfo escénico.

Es usted joven, laborioso, ha viajado mucho, ha vivido bajo distintos cielos, en diversos países de Europa y de América y, para que nada le faltara, ha sido afectado por el dolor, en las alternativas de la vida.

Un abrazo, y ya sabe cuanto le quiere y le admira su buen amigo,

POMPEYO GENER.

MÁS ALLÁ DE LA VIDA [1]

DRAMA EN TRES ACTOS

(1) Este drama ha sido estrenado por la compañía de Blanca Iggius, con extraordinario éxito, en el Teatro de la Gran Vía de Barcelona, la noche del 17 de Noviembre de 1902.

PERSONAJES

CARLOS, *marido de*	49	años.
CLARA	32	»
ADELA, *hija de ambos*	9	»
JORGE, *hijo de Carlos, de primeras nupcias*	26	»
GIULIANI	45	»
DOCTOR D'ALBANO	50	»
ANA FALCHI	28	»
BERTA	52	»

Acción contemporánea, en los alrededores de Florencia.

ACTO PRIMERO

Sala en la quinta de Carlos. El fondo, en ángulo entrante, está cerrado por una vidriera al través de la cual se ve el plantío del jardín: una puerta da á la terraza. Puertas laterales. Á la izquierda, en segundo término, una mesita-costurero. En primer término, arrimado á la pared, un mueble antiguo, y sobre éste, un busto de mayólica. Al lado del mueble, colocados con algún desorden, bajorelieves antiguos y un sofá pequeño. Á la derecha, en primer término, otro sofá; una mesa con planta viva y una gran lámpara con rica pantalla de seda. Es de noche. Muebles y tapicería de mucho lujo.

ESCENA PRIMERA

BERTA, *luego* ANA.

BERTA *entra por la derecha con una bujía; enciende la lámpara.*

¡Ya está!

ANA, *entrando también por la derecha.*

Berta...

BERTA.

Señorita.

ANA.

Oiga usted, Berta: ¿dónde está el manuscrito de esta mañana, esos papeles, recuerda usted?

BERTA.

¡Ah, sí, sí, señorita! Sobre el escritorio del señorito Jorge los puse. ¿Los necesita?

ANA.

Sí. ¿Quiere usted ir á buscarlos y traérmelos luego al comedor?

BERTA.

Calcule usted. En seguida. Ya, ya comprendo... esas son cosas preciosas, y no se pueden dejar en manos de todo el mundo .. ¡Pues no está poco encariñado con sus papeles el señorito Jorge!

ANA, *con mal disimulada ironía.*

No obstante, de usted puedo fiarme. *(Transición.)* No, no es por eso; quieren que yo lea algunas de mis cositas... He aquí el por qué...

BERTA.

Ya, ya. Decía por decir. Voy al momento.

ESCENA II

DICHAS *y* JORGE.

(Jorge entra por la derecha y se dirige hacia el fondo para bajar al jardín, pero sin reparar en Ana.)

ANA.

¡Jorge! *(Corrigiéndose, por Berta.)* Señor... Jorge, ¿se marcha usted?

JORGE.

Voy á sentarme en la terraza para tomar el fresco.

ANA, *á Berta que, casi involuntariamente, se ha quedado á escuchar.*

Ya lo sabe usted, eh: me los lleva al comedor...

BERTA, *resentida.*

Entendido... ya, ya... *(Vase por la izquierda.)*

ANA, *bajando la voz.*

No eres prudente, Jorge.

JORGE.

Lo sé, y por ti lo siento.

ANA.

Por mí no te aflijas... Por ti y por... otros lo siento yo. Porque supongo no creerás que aquí ignoran nuestras relaciones.

JORGE.

Si ello no te apena, por mi parte me tiene sin cuidado.

ANA.

No es de esto que deseo hablarte. Sé muy bien que tu padre y también tú... madrastra, no ignoran que eres mi amante. Pero tampoco ignoran que con ello á nada te obligas. Yo no pido ni acepto nada. Tu libertad, y la mía, están, pues, fuera de todo cuidado. Pero eres injusto. No lo digo, repito, por lo que tú supones, sino porque yo veo con toda claridad mi posición...

JORGE.

Pero ¿á qué viene todo eso ahora, oigamos?

ANA.

Porque sabiendo, como yo sé, que aquí nadie ignora lo que soy para ti, mi presencia asídua en esta casa hace muy difícil mi situación, que tú complicas mayormente con tu actitud hostil para con todos.

JORGE.

No puedo contenerme. Hay demasiada amargura en mi alma.

ANA.

Es que, si no te reprimes, me veré en la necesidad de hacer menos frecuentes mis visitas á esta casa...

JORGE.

¡No! No lo digas, Ana. ¡Todo lo que tú quieras antes que eso!

ANA

De ti depende. Yo estoy aquí todos los días, hago lo posible para que los tuyos me soporten; pero creo que tú, por tu parte, bien podías hacer algo con el mismo fin. Durante la comida has estado sencillamente implacable con todos. Hubo un momento en que parecióme que iban á estallar. Habrás notado que lo de la lectura no fué más que un prerexto. Pero, vuelvo á repetirlo: es necesario reprimirse.

JORGE.

¿Vas á echarme un sermón? Mira que no estoy para eso...

ANA.

Digo sencillamente que no debes irritar los celos de tu madrastra.

JORGE.

¿Mi madrastra? Celos... Pero ¡qué ocurrencias tienes!

ANA.

Yo sé lo que me digo, no lo dudes: Clara está celosa de nosotros.

JORGE.

Pero si Clara me ha detestado siempre, si fué ella quien me alejó del hogar cuando mi padre pasó á segundas nupcias. ¡Tú no sabes, Ana, tú no puedes saber!...

ANA.

Todo eso no impide que Clara, hoy, vea con aversión nuestra amistad...

JORGE.

Pero ella mira con aversión todo lo que me atañe. ¿Qué respeto puede inspirarme, pues, esa mujer, en quien yo debí encontrar una segunda madre, por más que sea joven, si fué precisamente ella quien decretó la proscripción de mi hogar... de mi hogar ¿comprendes?

ANA, *concitada, mirando hacia la izquierda.*

Berta vuelve. Ven... hablaremos luego. Es preciso que tú asistas á la lectura. Después me acompañarás á casa... Ven, *(Le obliga á seguirla; ambos vanse por la derecha. Berta entra por la izquierda con el manuscrito, cruza la escena y sale por la segunda puerta de la derecha.)*

ESCENA III

CLARA, *luego* BERTA.

(Clara entra por la primera puerta de la derecha, lentamente. Después de haber andado algunos pasos, vuelve la cabeza y mira hacia el lado por donde han salido Ana y Jorge. Luego, como distraída mira á su alrededor, y se deja caer en el sofá de la izquierda. Queda así absorta, con la mirada perdida en el vacío. Pausa.)

BERTA, *por la derecha.*

¡Cómo! ¿La señora no asiste á la lectura? La señorita Ana lo tomará á mal, sin duda. *(Clara perma-*

nece impasible, como si no hubiese oído. Berta mueve la cabeza con displicencia. Luego, al ver varios juguetes esparcidos por el suelo.) Pero miren ustedes cómo ha puesto esta sala ese diablillo de Adela! Y todo en un instante, desde que ha vuelto de pasear. ¡Figurémonos! *(Recogiendo los juguetes.)* ¡Esa criatura es puro azogue!

CLARA.

Berta...

BERTA, *presurosa.*

Señora.

CLARA, *con incertidumbre.*

Tráeme el cestillo de mi labor, ó sino, acércame el costurero.

BERTA.

Pero...

CLARA.

Escucha, Berta; mira... no, no, nada: ve, tráeme el costurero.

BERTA *sacude la cabeza, coge el costurero sobre el cual hay un cesto lleno de cintas, bordados, retazos de estofas, y lo coloca al lado de Clara, que se ha quedado absorta y no lo ve.*

Aquí está el costurero, señora.

CALRA, *estremeciéndose como si despertará de un sueño.*

¿Para qué?... ¡Ah, sí! Tráelo, tráelo. Ya no me acordaba. *(Toma el cestillo y lo deja caer sobre las rodillas.)*

BERTA *recoge del suelo la muñeca de Adela envuelta en una capita blanca.*

¡Pero mire usted, señora, cómo ha puesto esta capita! Mire, mire usted: hasta ha descosido la blonda y ha roto el forro. ¡Oh, esto no debe permitírsele: vestir la muñeca con su ropa, y para estropearla de esta manera! ¡Ese demonio de ángel cada día aprende una diablura; pero á mal peor! *(De pronto, al ver que Clara está como aletargada.)* Perdóneme usted, señora, ¿es que ha pasado algo?

CLARA, *con fuerza.*

Berta, mira, no me preguntes eso en presencia de nadie, ¿oyes?... y sobre todo en presencia de... No te cuides de mí. Déjame tranquila.

BERTA, *humilde y afectuosa.*

Sin embargo...

CLARA.

¿Ha sido notada mi ausencia en el comedor?

BERTA.

No sabría decírselo á usted. De todos modos... lo sentiría por el señor Carlos. ¡Se muestra tan feliz al ver junto á sí á su Jorge, después de tantos años de separación! Coprendo, sí, que la presencia de la señorita Ana deba, en cierta manera... qué sé yo. Pero es menester recordar las palabras del Doctor. *(Imitándole)* «Sí, mi querida señora: Carlos necesita mucha tranquilidad, pero mucha.

El más pequeño disgusto podría originar daños temibles, ya que su enfermedad...» Y no sé qué otras cosas dijo. Pero aunque yo no recuerdo ahora las palabras, he comprendido todo su significado, ¡ya lo creo! *(Clara deja caer de sus manos el vestido de la muñeca con profundo desaliento.)* Por lo demás... me parece que la conducta de la señorita Ana para con usted no es... qué sé yo. Luego, es tan cariñosa...

CLARA, *sonriendo amargamente.*

Calla, te ruego; no prosigas. *(Pausa.)*

BERTA.

Quizá el genio del señor Jorge sea un poco extraño... Acaso las preocupaciones de ese libro de que habla siempre á la señorita... mas, á pesar de todo, me parece... *(Se oyen las voces de Giuliani, Carlos, Ana y Jorge.)*

GIULIANI.

Bien, muy bien, señorita. Esas páginas tienen un encanto exquisito. Le doy mi enhorabuena de todo corazón.

CARLOS.

Es verdad, sí: hay en usted fibra de vigoroso narrador, señorita Ana.

ANA.

Por Dios, no me hagan ustedes ruborizar.

GIULIANI.

Y los temas son originalísimos.

JORGE.

Eso puede usted creerlo, Ana... *(Clara mientras llegan á la escena las voces interiores se pone de pie con gesto nervioso, y su semblante cubierto por intensa palidez, revela el profundo dolor que no consigue dominar.)*

BERTA, *turbada.*

¡Señora!

CLARA, *escuchando ávidamente.*

¡Calla!

BERTA.

Es que vienen aquí; querrán saber, preguntarán...

CLARA, *excitada.*

¿Qué preguntarán?

BERTA.

Está usted turbada... Su palidez...

CLARA.

¡Calla, te digo! No me adviertas nada en este instante.

BERTA.

Es que ya están aquí, acuérdese usted del señor...

ESCENA IV

DICHOS, JORGE, CARLOS, GIULIANI, ANA, *y* ADELA

ANA, *mientras empuja la silla con ruedas en que viene Carlos.*

Estoy convencida: el interés de la narración depende de su originalidad, que es debida á su hijo. El argumento le pertenece, yo no hice más que desarrollarlo. De suerte que...

ADELA, *corriendo hacia Clara, que se ha sentado y tiene en las manos el vestido de la muñeca.*

¡Ah, mi mamita querida que está haciendo el vestido para mi pobre Mimí! ¡Qué lindo es, qué lindo! Miren ustedes... *(Le quita el vestido de las manos á su madre, y se pone seria bruscamente.)* Pero ¡no has hecho en él nada más; está igual que antes! ¡Para el domingo no tendrá Mimí su vestido nuevo! ¡Pobre Mimí, aquí nadie le quiere!

BERTA *ase á Adela por un brazo con cariñosa amenaza, y le enseña la muñeca envuelta en su capita.*

Venga usted aquí, señorita. Mire cómo ha puesto su capita; aquí, mire; no se escape usted: mire esto. *(Hace como para quitarle la capa á la muñeca.)*

ADELA, *con mimo infantil.*

¡No! ¡No, dámela! ¡No quiero que le saques el abrigo! ¡Tendrá frío luego, dámela, es mía!... ¡Es mía!...

BERTA.

¡Quieta, digo! ¡Fíjense qué vergüenza! ¡Mire usted el forro y la blonda cómo están, mírelos usted y luego hable si es que le queda valor para tanto!

ADELA, *abrazando á Clara.*

¡Mamá, mamita mía, quiero mi muñeca! ¡Tiene frío, no le dejes quitar la capita, mamá! *(Golpea con los pies en el suelo.)*

CLARA.

Berta... dale la muñeca, no las hagas llorar ¡por el amor de Dios!

ADELA.

¡Sí, es mía, es mía, es mía!

BERTA.

¡Pues tómela usted! Pero no se acerque más á mi lado, ¿oye? que yo no la quiero más, nada, nada, nada. *(Le da la muñeca y la besa con cariño maternal.)* Y no se olvide que no debe acercarse á mí, nunca, nunca, nunca más. *(Vase par la izquierda. Adela va hacia Clara, que le besa con efusión los cabellos.)*

JORGE, *acercándose á Clara, con ironía.*

Por lo que veo, mi madrastra no es muy afecta á la lectura, ¿eh?... *(Sopla con intención la ceniza de su cigarrillo. Clara se estremece.)*

CARLOS *mira á Jorge con inquietud; luego dice á Ana.*

Perdóneme usted Ana, empuje mi silla un poco más adelante.

ANA, *ceremoniosa.*

Con mucho gusto. *(Acerca la silla á la mesa de la derecha.)*

CARLOS.

Así está bien. Gracias, señorita.

JORGE, *á Clara.*

A cosas más humildes dedica su preferencia...

CARLOS.

¡Jorge!... y... tú ¿cuándo piensas leernos algún fragmento de tu libro?

GIULIANI.

Eso: porque, á decir verdad, yo también tengo vivos deseos de conocer algo de esa obra.

JORGE, *con mal disimulada ironía.*

¿Y... á ti te interesa mi... obra?

GIULIANI.

¡Vaya una pregunta! Claro que sí *hasta á mí* me interesa.

CARLOS.

Sé que es una idea que te consume... quisiera verte libre de ella...

JORGE, *hosco.*

Oh, el argumento de mi obra está perfectamente planeado. Hay que coordinar las ideas ahora, pero la materia permanece sorda á mi llamamiento!

CARLOS.

Aguarda, pues. Eso indica que la facultad correspondiente á tu idea no ha entrado todavía en acción.

JORGE, *con vehemencia.*

¡No! El concepto de mi obra vive de mi vida misma. Tú no lo comprendes *(Mira en torno suyo y sonríe con amargura.)* Yo quiero hacerles penetrar la esencia de mi obra, quiero explicar á ustedes...

ANA, *turbada.*

¡No! *(en voz baja.)* ¿Para qué? ¡Calla!... *(Pausa.)*

GIULIANI, *en el fondo de la escena, mirando hacia el jardín.*

¡Oh, qué noche tan espléndida! Miren ustedes. ¡Es una noche paradisíaca! Aquí todos se sienten poetas aun no queriendo. ¿Qué le parece á usted, Jorge?

JOEGE. *mirando á Clara, con intención.*

Oh, sí, es cierto: aquí de todas las cosas emana un encanto indecible de atracción, ó se envuelven en un vago misterio que atrae sobre ellas toda la atención de que somos capaces...

GIULIANI.

Hombre, pára decir la verdad, yo no iba tan lejos. ¿Qué quiere usted? Embargado por un sentimiento de admiración, me limitaba á indicar lo que no sé explicar.

CARLOS, *ríe con su risa de enfermo.*

¡Ta... ta.. tal.. él tampoco ahora consigue expresar lo que siente! Pero ¿desde cuándo, eh, desde cuándo? *(Quiere reir de nuevo, pero no consigue sino contraer los músculos de su rostro demacrado, triste y nerviosamente.)*

JORGE, *hosco.*

¡Ya! Tú siempre has conseguido manifestar tus ideas, ¿verdad? *(Agresivo.)* Pero ¿las tuviste acaso en tu vida?

ANA, *bajo.*

¡Jorge!

ADELA.

Mamita, ¿quieres?...

CLARA, *tapándole la boca con la mano.*

¡Pts, calla!

ADELA.

Déjame, mamá. Corro á buscar la puntilla. Pero ¿me acabarás en seguida el vestidito?

CLARA.

Sí ve, calla. *(Adela vase por la izquierda.)*

CARLOS.

Es verdad. Tú tienes genio... ¿qué le vamos á hacer? Yo he tenido pocas cosas que comunicar á la humanidad...

GIULIANI, *á Carlos.*

¿Qué significa eso? Tú eres quien eres, y te has

hecho una reputación con tu trabajo y con tu talento. (*Jorge hace una mueca. A Jorge.*) Con su talento, sí, señor. (*A Carlos.*) Luego expresar, expresar; pero ¿qué? Oigamos. Ahí están tus memorias arqueológicas. ¿Eso no se cuenta?

CARLOS.

¿Qué quieres que te diga?

JORGE.

Eso; ¿qué quiere usted que le diga? No tiene nada que decir, de modo que se calla; está claro...

GIULIANI.

¡Basta ya!

JORGE.

Yo me voy á contemplar de cerca esa noche de paraíso...

CARLOS.

Pero él es célebre.

GIULIANI.

En París...

CARLOS.

Que es como serlo en todas partes.

JORGE, *deteniéndose, á Giuliani.*

En París, sí, en París, donde he sido enviado por la bondad de mi joven y graciosa madrastra, y... también por bondad tuya, querido papá. En París, sí, donde bastas pocas narraciones y algunos versos. ¿Por qué?

GIULIANI.

¡Hum!

JORGE *le mira de soslayo y sonríe con profunda ironía. Luego á Carlos con vehemencia.*

Pero ¿tú crees que hay muchos hombres que hayan osado mirarse el alma en sus visiones internas?

CARLOS.

En mis tiempos los hombres eran objetivos, como dicen hoy, y no podían encerrarse en sí mismos, atraídos como estaban por la vida total de la humanidad.

JORGE.

Pero ¿existe, acaso, una humanidad fuera de nosotros? *(Giuliani quiere interrumpir.)*

CARLOS, *á Giuliani.*

No, déjale decir. *(A Jorge.)* No es eso todo. Nosotros debemos mirar las alegrías y los dolores de esa humanidad, y dejar de lado nuestras alegrías y nuestros dolores. La vida es tal, reintegrando la comunidad de afectos, de amor, de odio, de pasiones, y pierde todo vínculo cuando no vivimos fuera de nosotros mismos.

JORGE, *irritado.*

¿Pero existe acaso una realidad fuera de nosotros? El bien, el mal, son ideas materializadas por nosotros, por el hombre, y llegan á nuestra conciencia por medio de sensaciones subjetivas: de aquí que se diferencien en cada individuo. Digo que el bien y el

mal no existen más que en nosotros... y nosotros no cumplimos nuestro propio deber con la vida interior, sino sobreponiendo *á todo* nuestra verdad íntima que nos hace centro de nuestra propia ley. Mira: entre una hora de mi vida y la otra, hay un nuevo espejismo, que me obliga á reconocer una causa más alta en los actos de la voluntad que yo llamo mía. Y ante las revelaciones del alma, mi pensamiento no reconoce más volunta que la de la hora presente. Nuestra verdad llega al espíritu por vías que nosotros nunca dejamos voluntariamente abiertas. Estas palabras, lo sé, para ustedes carecen de sentido, ya que no viven ustedes en el mismo pensamiento. *(Mira á los circunstantes, en silencio; sonríe y levanta los hombros con desprecio. Vase por el fondo.)*

CARLOS, *á Giuliani, que le mira con estupor.*
¿Y bien?...

GIULIANI, *imitándole mal humorado.*
¿Y bien?...

ANA, *se acerca á Clara fríamente.*
¡Oh, pero miren ustedes qué mamita adorable! No piensa más que en su hija... ¿Qué es eso? *(Quitándole el vestido de las manos.)* ¿Un vestido para la muñeca de Adelita? ¡Pero miren que preciosidad! *(Carlos se oprime dolorosamente las sienes.)*

GIULIANI, *mirando á Ana.*
¡Ah, mundo, mundo, qué mal andas, qué mal!

ESCENA V

DICHOS *y el* DOCTOR D'ALBANO

D'ALBANO, *de adentro.*

¿Con permiso?

GIULIANI.

¡Oh, he aquí nuestro doctor!

D'ALBANO.

Sin hacerme anunciar, como de confianza.

CLARA.

Sea usted el bienvenido, doctor. Usted era esperado en esta casa. *(Estrechándole la mano.)*

D'ALBANO.

Por Dios, señora...

CARLOS.

Es cierto; Clara tiene razón, puedes creerlo: hemos sentido tu ausencia más de lo que acaso imaginas, mi querido D'Albano.

D'ALBANO.

Acabarán ustedes por envanecerme... ¿Y cómo vamos, eh? Creo que tienes varios motivos para estar satisfecho, ¿no es verdad?

GIULIANI, *irónicamente.*

¡Ya lo creo!

D'ALBANO.

Acaso me hice aguardar un poco esta noche...

CARLOS.

Giuliani me había enterado hoy de tus tareas.

D'ALBANO.

¡Qué quieres! Estos congresos científicos dan lugar á mil relaciones que originan luego una serie incalculable de atenciones molestas... Hombre, antes que se me olvide: ¿has pensado en esos datos que me pidió el director de las excavaciones de Roma, de los que te hablo en mi última carta?

CARLOS.

Sí, luego te los daré, cuando te vayas.

GIULIANI.

¿Y qué te han parecido las excavaciones?

D'ALBANO.

Interesantísimas: vengo entusiasmado. Ese amigo de ustedes es un verdadero sabio. He pasado con él todo el tiempo que la medicina y los congresales me han dejado libre. Hemos hablado mucho de ustedes, como comprenderán.

ESCENA VI

DICHOS, BERTA *y* ADELA

ADELA, *entra por la izquierda, corriendo. Tiene en las manos algunas hojas de papel.*

¡Mamá! ¡Mamá... mamá!...

BERTA, *corriendo detrás de Adela.*

Traiga acá eso; cuidado con echarlo á perder como hace con todo. ¡Bribonzuela!

ADELA, *refugiada detrás de Carlos.*

Déjame, esto no es tuyo, ¡mala!

BERTA.

¿A mí, mala?

CLARA.

¿Pero qué significa eso?

CARLOS.

¿Qué novedad trae, oigamos?...

BERTA.

Pues nada: que la encontré revolviendo los papeles del señorito Jorge, ¿qué les parece?

ANA, *ansiosa.*

¿De Jorge?...

BERTA.

Como lo oye. ¡Calculen ustedes ahora si faltase

alguno, y él lo advertiese, él que pasa noches enteras sobre ellos!

CARLOS.

Pero esta criatura se está volviendo un demonio. Veamos, traiga acá esos papeles, y cuidadito con hacerlo otra vez, ¿ha oído? Démelos.

D'ALBANO, *se acerca á Adela para que le dé las carillas.*

Dámelas á mí, sé buenita...

ADELA, *que repara en el Doctor, lanza un grito, deja caer los papeles y huye hacia Clara.*

¡El doctor no, el doctor no, mamita, mamita!

D'ALBANO.

¡Ha visto al mismo diablo!...

CLARA, *la besa con efusión.*

No, no, querida; aquí estás con tu mamita, calla. Pero el doctor te quiere, hijita. ¿Por que haces eso?

ADELA.

No, el doctor no, no quiero mamita mía no quiero...

CLARA, *á Berta.*

Ve, llévala, ya se portará bien. *(en voz baja.)* Hazle beber un poco de agua... *(Berta se marcha con Adela.)*

D'ALBANO, *recoge las carillas.*

¡Qué extraño temperamento! Desde un domingo

que me vió curar al jardinero, ¿recuerdas? *(á Carlos)* no hemos conseguido vencer en ella esa vaga sensación de miedo que la domina. *(Examinando atentamente las carillas.)* ¿Pero quién escribe aquí con tinta de tan variados colores?

GIULIANI.

Jorge ¿no has oído? Dice que de esa manera ve mejor lo que quiere manifestar.

D'ALBANO.

Deseo verle. ¿Dónde está?

GIULIANI.

En el jardín. Ha ido á contemplar más de cerca esta noche paradisíaca. Lo dijo él...

CARLOS.

Ya lo verás, ya. Ahora está cerca de nosotros.

D'ALBANO.

¡Por fin se han resuelto ustedes!

GIULIANI.

Bueno les ha resultado el mequetrefe...

D'ALBANO, *fijándose de nuevo en las carillas.*

Leer, tratándose de literatura, no es una indiscreción ó lo es á medias. *(Lee.)* «Yo vivo en una » interrogación sin fin. Hace ya mucho tiempo que » vivo en una ansiedad insostenible, esperando algo

» que no llega nunca. ¡Oh, esto es horrible! ¡Quién » puede medir, quién si no ha sentido nunca todo el » peso de una grande idea informe, que permanece » demasiado en nosotros porque demasiado tarda » la hora de la liberación, de la luz!

» Dentro de ese mundo que es mío en mí, yo he » formado mi vida, pero ¿acaso ella transcurre indi- » ferente para todo lo que no ha penetrado en él » según la imagen de mi deseo?

» Todo toma aspectos nuevos para mí. Pero de » la manera como yo veo las cosas me hace incapaz » de realizarlas, de sentir que existen. Sin embargo, » me parece que en algunos instantes llego á com- » prender el giro misterioso de las cosas.

» Hay momentos en los cuales quisiera pedir » cuentas á alguien de mis acciones, pues algo que » me parece estar en mí mismo, me impulsa á obrar » en un sentido determinado, aun á pesar mío.

» Mi individualidad desaparece; yo sólo existo » fuera de la realidad de la vida, y el mundo se me » aparece como una alucinación gigantesca.» *(Después de una pausa.)* Pero ¿de quién habla, á quién se refiere aquí?...

GIULIANI.

Hombre, á sí mismo. Siempre se está quejando de que no puede coordiar sus ideas.

CARLOS, *abatido.*

Sí, algo hay de eso. Desde que ha llegado... quizás desde mucho antes... escribe todos los días, mas no consigue expresar lo que desea. Y pasa así

muchas horas esforzándose para dar forma sensible á lo que él llama su gran novela; pero en realidad no hace más que analizarse á sí mismo, observar todos sus actos, criticarlos; un diario íntimo, en una palabra.

GIULIANI.

Lo cual se explica perfectamente ¡no piensa más que en sí mismo! La vida que se desarrolla á su alrededor no despierta en él ningún afecto. Y no es de extrañar, si á un cumplimiento él responde con una frase hostil, fría, cuando no maligna.

D'ALBANO.

No es muy lisonjero el retrato que haces de Jorge en presencia de su padre.

GIULIANI.

Lisonjero... no; pero los rasgos son esos, y él lo sabe. *(Indicando á Carlos.)*

CARLOS.

Hombre, déjalo...

GIULIANI, *al médico.*

¿Lo oyes? ¡Todos iguales estos padres!

D'ALBANO, *á Carlos.*

¿Y tú dices que persiste en ese género de análisis? *(Carlos afirma moviendo la cabeza.)* ¿Cuántos años tiene Jorge?

CARLOS.

Veintiséis. *(Pausa.)*

D'ALBANO.

¡Así es! La manía del análisis caracteriza nuestro tiempo, y en verdad que tiene peligros ..

CARLOS.

¿Pelegros?...

D'ALBANO.

Sin duda, como el alcohol.

GIULIANI.

¿Qué nos cuentas?

D'ALBANO.

Sí, así es: el alcohol lleva á la coma ó á la locura según los casos; el análisis también engendra enervados ó impasibles, los primeros mueren para la razón, los segundos para la voluntad. *(Pausa.)* Pero ¿por qué tarda Jorge?

GIULIANI.

Estará encerrado en sí mismo, como siempre. Ya vendrá, no temas.

D'ALBANO.

Bien; guardaré estos papeles para entregárselos yo mismo.

ANA, *con vivacidad espontánea.*

¡Doctor!... si no le sabe á usted mal... yo desearía guardarlos...

CLARA, *poniéndose de pie con voz sofocada.*

¡No!

(D'Albano disimula apenas la sorpresa. Entrega las carillas á Ana, que le agradece inclinando levemente la cabeza. Pausa.)

CARLOS, *como queriendo dominar la situación.*

El Doctor D'Albano, *(presentando)* la señorita Ana Falchi, escritora egregia... *(ambos se saludan.)* Es, como comprenderás, una compañera de Jorge.

D'ALBANO.

Tanto placer... ¿Y conoce usted á Jorge desde mucho tiempo?

ANA.

No, desde mucho tiempo no; pero le conozco bien.

GIULIANI, *bajo.*

¡Ya lo creo que sí!

ANA.

Nos encontramos por mera casualidad en Venecia. He sabido que venía á Florencia, que era hijo de don Carlos... y como Clara... y yo estamos unidas por vínculos de antigua amistad... *(mirando á Clara.)* Por lo demás, Jorge no me era desconocido como escritor...

GIULIANI, *fuerte.*

¡Señores!... me marcho.

CARLOS.

¿Tan temprano?

GIULIANI, *al médico.*

¿Te quedas?

D'ALBANO.

No; voy contigo. *(Como para saludar.)* Pues...

CARLOS.

Aguarda; te daré los datos...

D'ALBANO.

¡Ah, sí! Se me había olvidado. *(A Giuliani.)* Un momento, nada más.

CARLOS.

Clara, ¿quieres...? *(Indicándole la silla.)*

ANA, *presurosa.*

Yo, si usted lo permite.

CARLOS.

¡Mil gracias, señorita! *(A Clara.)* Enciende luz en mi escritorio, Clara. *(Vanse por la derecha.)*

ESCENA VII

D'ALBANO *y* GIULIANI.

D'ALBANO.

Giuliani... *(Ambos se miran, como si el uno aguardase que el otro hable.)* ¿No tienes nada que decirme?

GIULIANI.

Hombre, di más bien que deseas preguntarme algo.

D'ALBANO.

Así es, en efecto, pues me parece que hay cierta analogía entre algunas frases tuyas de esta mañana, y algo que pasa aquí que yo no comprendo...

GIULIANI.

Ni yo tampoco.

D'ALBANO.

¿Cómo?

GIULIANI.

Eso pregunto yo, ¿cómo? Pero es una pregunta que se queda sin respuesta. Eh, amigo mío, así es la vida. Esto no será profundo, lo sé, ¡pero expresa tantas cosas!

D'ALBANO.

Vaya si las expresa. Por lo menos veo que te muestras tan sorprendido como yo.

GIULIANI.

Acaso más, pero tengo mis razones. Qué quieres, ¡he visto *tantas cosas* en estos últimos días!

D'ALBANO.

Pues esas cosas son las que me interesan, las que me harán comprender...

GIULIANI.

Lo que yo he visto no te hará comprender más que una.

D'ALBANO.

¿Cuál?

GIULIANI.

Que yo soy una calabaza animada..

D'ALBANO.

He creído que hablabas con seriedad.

GIULIANI.

Y así es. ¿Por qué lo dudas?

D'ALBANO.

Pero escucha, ven aquí, ¿qué piensas tú de esto, oigamos?

GIULIANI.

¡Yo! ¿Qué quieres que piense si no comprendo nada, si no es posible ver nada de lo que pasa aquí sin que te entren ganas de acabar con todo y con todos? ¿Sabes una cosa? Pues yo me marcho cuanto antes. He venido aquí á pasar unos días de descanso, y ahora ¡abur! Esto me carga, ¡vaya si me carga!...

D'ALBANO.

Cálmate, hombre; ven acá, cuéntame...

GIULIANI.

Hablemos de otra cosa, te lo ruego. Me choca esto de una manera indecible; he aquí la verdad. ¿Qué remedio? Me choca, así como lo oyes. *(pausa; luego con brusquedad.)* Mira, aquí todos son ó parecen ser enemigos, no te engañen las apariencias. Jorge no habla sino para zaherir; y se complace en ello de tal suerte, que á duras penas consigue uno reprimir los impulsos que le enardecen. Carlos, naturalmente, sufre y calla. Clara, por su parte, se ha convertido en un autómata que se mueve de un lado para otro con una actitud extraña y difícil de explicar, tanto es evidente que acciona en un sentido mientras su voluntad quisiera lo contrario... Mira, aquí no hay más que una voluntad, y firme: la de Ana.

D'ALBANO.

¡Oh! ¡Al fin llegas! Pero ¿Quién es esa mujer?

GIULIANI.

¡Hum!... ¡Qué sé yo!

D'ALBANO.

Al nombrarla tú esta mañana, agregaste algunas frases que ya no recuerdo... y el nombre de Jorge siguió al suyo. ¿Es verdad que es una escritora?

GIULIANI, *con sorna.*

Sí... Allí hay algunos periódicos que hablan de ella en términos tales, que no desdeñaría un inge-

nio superior... Especialmente desde que ha publicado ese tomito verdaderamente satánico, cuyo concepto informador es completamente de Jorge.

D'ALBANO

¡Cómo! ¿Y él renuncia así á su obra?

GIULIANI.

Renuncia, á pesar suyo. Si tú le escucharas cuando habla de las obras que tiene metidas en la cabeza, te asombraría.

D'ALBANO.

Vamos, hombre...

GIULIANI.

¡Puedes creerme! Tú sabes que yo no me entusiasmo porque sí. Pero es que cuando á Jorge le da por ese lado, se transforma. Su verbosidad alcanza un fervor extraordinario; luego, tiene una visión tan extraña de las cosas, que subyuga y vence. Pero no pasa de ahí. Mientras la otra, Ana, recoge con piadosa solicitud todo lo que Jorge esparce sin darse cuenta, y su nombre va de triunfo en triunfo. Y por su parte, ella le recompensa como puede...

D'ALBANO.

¡Cómo! ¿Y Carlos sabe?...

GIULIANI.

Piensa tú ahora el estupor que me causa ver

tanta pasividad en quien la firmeza de carácter y la energía fueron un tiempo proverbiales. *(Pausa.)* Quizás Carlos creería hallar en Jorge algún consuelo al llamarlo junto á sí, halagado, tal vez, por sus éxitos literarios. No obtante, el hijo no tiene jamás una palabra de cariño para con el padre. Antes bien, es sardónico, mordaz, cuando no le falta al respeto en la forma más... No he visto nunca tal ausencia de sentido moral. ¡Y Carlos calla!

D'ALBANO.

No le hagas cargos, no te impacientes con él: Carlos no puede ser responsable de nada; desde el día en que ocurrió la terrible desgracia que le redujo al estado en que le ves. Figúrate como ha debido deprimirse su naturaleza vigorosa, sanguínea, vehemente. Había en su organismo demasiados elemetos de vida. De ahí la depresión moral y física que observas.

GIULIANI.

Es verdad, ¡Oh, grande alma obscurecida! Le hubieras visto en algunos instantes, cuando él dirigía las excavaciones! Imponía! Nosotros removíamos la tierra, guiados tácitamente por su mirada encendida. Todo su ser vibraba como un instrumento poderoso. Y á medida que el trabajo iba adelantando, sus ojos se animaban con una fuerza sugestiva, prodigiosa; y bajo esa mirada que parecía penetrar, horadar la capa terrestre para guiar el hierro descubridor, los que estábamos allí, concitados por una corriente misteriosa, veímos la tierra

revuelta, desentrañada, con todas las ansias de buscar en ella lo que era la revelación de un pasado terriblemente maravilloso, hasta que un grito de admiración venía á poner fin á esa fatiga ávida. Y así durante días, noches, semanas enteras. ¡Oh, él era siempre el primero en empezar, y, buen jefe, el último en abandonar el campo. Imagina ahora mi angustia al verle en esas condiciones.

D'ALBANO.

Más me extraña la actitud de Clara, según lo que tú me dices. Pues ella que antes ha sabido alejar á Jorge de esta casa... porque digámoslo francamente, ella nunca ha demostrado gran cariño por ese muchacho. Se explica, lo sé, y yo soy el primero en comprenderlo. Las pasiones humanas tienen sus leyes: Jorge le recuerda que antes que ella otra mujer ha poseído todo el afecto del hombre al cual se ha unido. De ahí la necesidad que siempre ha sentido de alejarlo.

GIULIANI.

Pero si quieres asombrarte de veras, piensa en que ahora es todo lo opuesto, y que Jorge asume la actitud de Clara, mientras ella es... ¿cómo decir?...

CLARA, *por la derecha.*

Carlos ruega á ustedes se sirvan pasar á su escritorio...

D'ABANO.

Allá vamos.

CLARA

Disculpen ustedes...

D'ALBANO

¡Por Dios, señora! *(Salen Giuliani y D'Albano; en el umbral de la puerta éste se encuentra con Ana.)*

ANA, *A D'Albano que se detiene para que ella pase primero.*

No doctor; pase usted, permítame usted este homenaje... mil gracias. *(D'Albano sale.)*

ESCENA VIII

CLARA *y* ANA.

ANA.

Es un tipo bastante curioso este doctor!... Heme aquí; aprovecho este instante para estar sola contigo. Creo que tenemos algo que decirnos.

CLARA.

Yo tengo un vivo deseo de preguntarte muchas cosas.

ANA.

¿Sí?

CLARA.

¿Te extraña?

ANA.

¡No, al contrario! me extrañaba que no me pre-

guntases nada. ¡Hacía ya tanto tiempo que no nos veíamos!

CLARA.

Es verdad, mucho tiempo. *(Pausa. Ana se pasea por la escena con suma coquetería. Luego va á sentarse en el sofá de la izquierda.)*

ANA.

De manera que tú, mi querida, te has aburrido esta noche, y... quizás un poco también durante el paseo. No fué mía la culpa, especialmente en el paseo: tú has querido venir...

CLARA, *con voz débil, traicionando el sentido de sus palabras.*

No... si me he divertido.

ANA.

¡Oh, no, no, digas! Pero es natural, qué quieres; pensabas en tu... esposo, pues necesita muchos cuidados. *(Pausa)* ¿Sabes cómo lo noté? Hoy cuando... Jorge y yo dimos vuelta por ese recodo que nos ocultó... tú nos llamastes, y dirigiéndote á él dijiste: «¿No sería mejor que regresáramos? Carlos está solo... además el aire es tan húmedo... no me parece que le haga bien á usted Jorge...» Y tu voz temblaba.

CLARA.

¿Sí? no he notado, *(turbada.)*

ANA.

Yo sí... yo observo muchas cosas... sí, mi que-

rida Clara: creo que tienes el ánimo deprimido, debes sufrir...

CLARA.

¿Yo? Te engañas...

ANA.

No, Clara; no me engaño. Di más bien que quieres ocultarme tus penas; sí, pero haces mal; permíteme que te lo diga, haces mal. ¿Acaso no somos amigas, buenas amigas? ¿Entonces?

CLARA, *con timidez, babuciente.*

Sí, lo somos... pero yo no tengo penas que tú no conozcas...

ANA.

Mira, en la vida, nada vale la pena, ¿oyes? nada. He aquí por qué yo no veo de buen grado que los seres se humillen, se depriman... y á nosotras las mujeres no nos conviene, perdemos la frescura, envejecemos... y entonces ya no nos es posible ejercer nuestro influjo sobre aquellos de quienes deseamos ser amadas ó, mejor, sobre aquellos de quienes *quisiéramos* ser amadas... lo cual podría llegar á mortificarnos cruelmente. ¿Qué te parece, Clara mía?

CLARA.

Si amamos, es natural... *(Clara está junto á la mesa como buscando sobre ella algo que no encuentra.)* ¿Me hablabas?

ANA, *levantándose.*

Sí. Decía que es necesario avisar á Jorge; ya es tarde.

CLARA, *estremeciéndose.*

¡No!... no es tarde...

ANA.

Ves: tu voz al proferir ese *no, no es tarde,* tiene la misma entonación y tiembla como cuando esta mañana en el paseo le dijiste á Jorge que regresáramos... porque el aire húmedo podía hacerle daño... ¿Tampoco ahora lo has notado?

CLARA.

Tampoco ahora.

ANA.

¡Es extraño! *(Pausa.)* Clara tú has dicho que deseabas preguntarme muchas cosas...

CLARA.

No ha mucho rato recordaste tu primer encuentro con Jorge, en Venecia...

ANA.

Y quisiras saber cómo tuvo lugar, ¿no es así? *(Clara asiente con la cabeza. Pausa.)*

Fué un encuentro preparado por un oculto designio. Aquel día algo me anunciaba una primavera de pensamientos nuevos. Me pareció entonces que mi alma renacía porque las sensaciones llegaban á mi ser de un modo extraño. La naturaleza había rejuvenecido, y un nuevo encanto idealizaba la

vida. *(Exaltándose poco á poco.)* ¡Aquel día he vivido la vida por primera vez!

CLARA, *como embriagada de lo que dice Ana.*
¿Y Jorge?

ANA.

Espera. ¿Decía? ¡Ah, persisto en mi idea! ¿Tú no crees en una fuerza obscura que trama los acontecimientos?

CLARA.

¡No sé, no sé; prosigue!...

ANA.

Hay almas que viven una existencia opaca hasta el día que se revelan á sí mismas. Yo he llegado á convencerme de que mi verdadera existencia comenzó el día en que conocí á Jorge.

CLARA *acariciándola felinamente.*
Ahora prosigue; háblame de él, de Jorge; no te distraigas, concéntrate en tu objeto.

ANA, *como herida por la última palabra.*
¿Mi objeto? ¡Sí, justo: mi objeto! ¡Nunca has dicho nada más sencillo ni más profundo!

CLARA.

¡No seas cruel, Ana!

ANA, *tras breve silencio.*
Era la fiesta del Redentor, en Venecia. ¡Grandes

cosas reservaba á mi alma el espectáculo de esa consagración nocturna! Una salva seguida de un gran clamor, me anunció que la hora había llegado. Yo bajé del hotel con ansias, creyendo encontrar, como siempre, las góndolas que quisiera. Imagina tú mi angustia al ver que no había más que una dispuesta ya para alejarse, con un joven solo. Este...

CLARA.

¿Era Jorge?

ANA.

... al notar mi contrariedad, me ofreció la suya con estas palabras, que en ese instante no sé si me parecieron galantes ó tontas: «Si se resigna á soportar mi compañía, puede usted disponer de ésta como de cosa propia, señorita.» No tuve valor para rehusar, y subí á la góndola que comenzó á deslizarse con un movimiento imperceptible. *(Clara, se deja caer sobre el sofá como extenuada.)* El murmullo de una muchedumbre gozosa, ebria, llegaba á nosotros entre desvanecidos acordes de músicas confusas. Un extraño fulgor, ora verde, ora rojizo, aproximaba y alejaba en sus intermitencias las arquitecturas marmóreas de los palacios, poniendo una nota de vida en el oro antiguo de sus incrustaciones. Entrambos palpitábamos bajo el impulso de una ansiedad creciente. La brisa marina se diluía bajo la pureza de la noche. De pronto un grito de admiración salió del pecho jadeante de Jorge. Habíamos llegado al canal de la Giudecca. Parecióme un sueño maravilloso. Una sensación subi-

tánea estremeció toda la potencia de mi ser agitándole una vibración suprema, así como si hubiesen pulsado las cuerdas demasiado tendidas de un instrumento sonoro! Y la «ciudad del silencio» surgió ante nosotros mágicamente: como una evocación fabulosa. Mil y mil góndolas empavesadas refulgían en la gloria de color; y no sé por qué extraña ilusión se me antojaban una cosa viva, terriblemente animada. Y allí un pueblo entero confundiendo en una todas las voces, exaltaba, fuera de toda divina liturgia, dos cosas grandes y terribles: el mar y el amor. *(Pausa.)* Jorge, como impulsado por un movimiento instintivo, se acercó á mí y me estrechó una mano entre las suyas febrilmente... *(Clara hace un gesto como si fuese á arrojarse sobre Ana. Ana, sin advertirlo, subyugada por lo que evoca.)* En este instante creí ver en él algo trágico, algo que me atraía... Amor, no; no creo que fuese amor. Pero su contacto diluía en mis arterias un cálido efluvio que me enervaba como un placer doloroso. Y sus ojos parecían mirar más allá de los espacios terrestres. En algunos instantes hubiérase dicho extraño á cuanto ocurría en torno suyo. Sólo la incontenida vibración de sus manos me revelaba la intensidad con que llegaban á él las sensaciones concitadas. De pronto un estremecimiento poderoso le agitó en un gesto de goce y de dolor. Y arrobado por una suprema fiebre creadora, habló. Nunca habíame vencido más rica onda verbal. En la fluidez musical del período sonante, las imágenes se sucedían como cosas vivas. ¡Oh, él tiene el don de decir!

CLARA, *que ya no resiste la celosa desesperación que la enardece.*

¿Pero tú sabías de él?... ¿Su nombre?...

ANA, *casi exhausta.*

No, no... eso vino después... *(Pequeña pausa.)* Mientras tanto el cielo se había obscurecido. Un hálito de sofocación difundíase en la atmósfera con lánguida pesadez... Luego las primeras gotas de lluvia comenzaron á caer, tibias... Nos refugiamos en la cámara de la góndola. *(Clara se retuerce felinamente. Ana con vos casi imperceptible, lentamente.)* Entrambos callábamos. Su respiración se hizo más febril, más corta. Una laxitud insostenible se apoderó de mis nervios, que ya experimentaban la reacción de tensiones demasiado violentas. Luego la góndola se deslizó por un canal estrecho, obscuro, donde venían á morir las voces de los cantos lejanos... Y en la obscuridad sus labios buscaron mi boca, y yo sentí que una nueva luz llovía en mi alma. *(Clara, que ha acompañado esta parte de la narración con un lamento sofocado, ahogando sus quejidos, hundida la cabeza en el sofá, al oir las últimas palabras tiene como el impulso de arrojarse sobre Ana. Mas viendo á Jorge retrocede obedeciendo á una sensación de terror.)*

JORGE, *entra por la puerta que da al jardín, pero sin adelantarse.*

Señorita, cuando usted disponga que la acompañe...

CLARA, *ansiosa.*

Está aquí el doctor D'Albano que desea verle, Jorge... *(Ana transición)*

JORGE.

Pues yo no deseo ver á nadie.

CLARA.

Pero...

ANA, *con sutil ironía.*

Ya lo oyes mi querida Clara... *(Á Jorge.)* Le avisaré á usted dentro de un instante. *Jorge vase por la izquierda. Las dos mujeres se qnedan una en frente de la otra, con altivez provocativa.)*

CLARA, *enérgica.*

¡Ana!

ANA.

¿Qué?

CLARA.

Pienso que dado tu carácter, debes ser poco amiga de circunloquios.

ANA.

Por economía de tiempo y... de espacio.

CLARA.

Noto en tu voz una ligera inflexión de malicia, otro diría de ironía... y tus palabras tienen doble sentido.

ANA.

¡Ah, tú observas las inflexiones de mi voz y no

adviertes que la tuya!... Pero, ¡qué tonta soy! Es cierto, sí: nosotros vemos las pecas de los demás, y no vemos...

CLARA.

No continúes, tu idea es clara, y como siempre, consigues tu objeto á las mil maravillas. Pero tu pensamiento es falso. Mira, Ana: yo estimo peligroso jugar con la pasión, máxime cuando se trata de naturalezas capaces del martirio pero no del delito.

ANA.

¡Ah! ¿Tú quieres desempeñar el papel de providencia, variando el curso de los acontecimientos?

CLARA.

No, no es mi intento desempeñar el papel de providencia, interviniendo en vidas ajenas, para variar la lógica de los hechos. Pero te advierto que, como dirías tú, de depresión en depresión se puede llegar á la suprema síntesis de la amargura de la vida...

ANA.

...porque el alma se deprime cuando, perdida la fe en las ideas y en las gentes...

CLARA.

...hay hasta el temor de perder la propia estimación por el contacto de tantas viscosidades morales!

ANA.

¿El temor? Debe desaparecer, tratándose de «naturalezas capaces del martirio, pero no del delito»,

son tus palabras. Las tales naturalezas, como privilegiadas que son, no permiten ó no deben permitir que las afecte ningún contagio, por más cerca que le tengan. Mas yo creo que para llegar á ese estado de perfección es menester cultivar mucho la vida interior, dominar las pasiones, elevar la propia conciencia á una altura eminente, y juzgar los actos de nuestros semejantes con indiferencia y desprecio.

CLARA.

¿Y cuándo los actos de nuestros semejantes contradicen el sentimiento puro de la humanidad y de la vida?

ANA.

Si no se tiene vocación para ejercer de providencia y no se puede por lo tanto variar la lógica de los hechos, no se debe intervenir en vidas ajenas.

CLARA.

Pero ¿sí á pesar de esto existe una superioridad?

ANA.

¿Una superioridad? ¿Y cuál, si es lícito?

CLARA.

Esa que emerge de nuestra consistencia moral.

ANA.

¿La consistencia moral?... Pero ¿tú crees en una fuerza que rige nuestra voluntad, según lo mande nuestro entendimiento?

CLARA.

¿Por qué tu voz se reviste ahora con un acento de sinceridad al dirigirme una pregunta que tú sabes debe tomar en mí, forma de sorpresa?

ANA.

¿Sorpresa? Escruta tu espíritu y acaso puede que no te sorprendas.

CLARA.

¿Es ello una amenaza ó una advertencia?

ANA.

Lee con serenidad en tu conciencia y hallarás en ella la respuesta.

CLARA.

¿Y cuál sería?

ANA.

Que en la vida somos lo que somos y no lo que queremos ser.

CLARA.

¿Vale como decir...?

ANA.

Que tú te encaminas por una senda peligrosa, cuyas tortuosidades no conoces *(Clara se deja caer sobre el sofá. Ana observa á Clara con suma atención, luego se le acerca lentamente, apoya los codos sobre el respaldo del sofá y le acaricia los cabellos. Clara se estremece.)* ¡Oh, tranquilízate, soy yo!... ¡Hermosos cabellos los tuyos, Clara! Te los envidio: sí, sí; te los envidio. Pero tú no deberías sorprenderte, pues te lo he dicho siempre. *(Con intención*

solapada y fina ironía.) ¿Para qué ocultarlo? Es un sentimiento en el cual no toma parte mi voluntad... una de esas pasiones que se desarrollan en nosotros á pesar de nuestra voluntad misma.... No, no te muevas, déjame jugar con los anillos de tus cabellos Me gustan de veras. *(Pequeña Pausa.)* ¿Te acuerdas de las flores que Jorge... que Jorge ha recogido en el sendero donde se supone haya tenido lugar el encuentro de Dante con Beatriz? ¿Recuerdas sus palabras? El dijo que esas flores se las habría dado á la mujer á quien él hubiese amado verdaderamente. ¡Hermosos cabellos los tuyos! ¡Sí, sí; tus cabellos son dignos de ostentar esas flores!...

CLARA *se yergue bruscamente, convulsa, amenazante, los ojos desmesuradamente abiertos.*

¿Qué? ¿Tú has dicho...? has querido decir?... ¡Ah! ¡Sí, sí; ahora comprendo el sentido de tus palabras! *(Arrojándose sobre ella.)* ¡Mentira! ¡Mentira!

ANA.

¡Clara! ¡Clara!.. *Retrocediendo como para desprenderse de Clara.)*

CLARA.

¡Explícate, aduce razones!...

Ana.

¡Déjame, Clara! ¡Me haces mal!...

CLARA.

¡Ah, no, impunemente me desgarras el alma!

ANA.

¡Clara!... Pero tú deliras, ¡déjame, Clara!

CLARA.

¡No, no, no! ¡Yo también quiero besarte, así, así!

ANA.

¡Ay!... ¡Déjame!

CLARA, *sofocando apenas los gritos de Ana.*

¡Calla, calla!...

ANA.

¡Déjame; alguien llega, Clara! ¡Tú deliras!...

JORGE, *por la izquierda, sin adelantarse.*

Cuando usted disponga, Ana... *(Clara retrocede aterrorizada.)*

ANA.

Sí, ahora mismo *(Toma su sombrero. A Clara, bajando la voz.)* Pero si no es de tu agrado, por esta noche ostentaré yo esas flores. *(Se marcha. Jorge y Clara se miran en silencio brevemente. Luego él sigue á Ana.)*

ESCENA IX

CLARA, ADELA, *y* BERTA.

BERTA *entra por la derecha, siguiendo á Adela.*

Pero mire usted, señora aún me guarda rencor y no quiere que la acueste.

ADELA.

Acuéstame tú, mamá... Tengo mucho sueño.

BERTA.

¡Venga usted aquí, dormilona! Y veamos si esta noche descansa, después de haber dicho sus oraciones como los angelitos. *(Hace como para llevarla.)*

ADELA, *golpeando los pies.*

No quiero, mamá, no quiero...

CLARA, *con agitación reprimida.*

Déjala, Berta; yo la acostaré.

BERTA, *moviendo la cabeza, contrariada.*

¡Siempre ha de salirse con la suya!... *(Vase por la derecha. Adela se deja caer sobre el sofá.)*

CLARA, *abstraída, pero mirando hacia el fondo por donde han salido Jorge y Ana.*

Ven, di tus oraciones.

ADELA, *se arrodilla y junta las manos. Clara apresta el oído como para oir lo que ocurre afuera; baja la luz de la lámpara. La habitación queda sumida en la penumbra. El rayo de la luna cruza la escena é ilumina á Adela, que comienza á rezar.*

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre... *(la cabeza se dobla sobre el pecho como si se hubiese dormido)*... y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos de mal... *(La cabeza*

cae sobre el respaldo del sofá y se queda dormida. El rayo de la luna desaparece. Clara se vuelve, y al ver á Adela tiene un impulso maternal, pero se detiene como si un pensamiento brusco le impidiese adelantar. Luego corre hacia Adela, le toma la cabeza entre las manos y cubriéndola de besos estalla en lágrimas.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La decoración del acto anterior. Es de día.

ESCENA PRIMERA

GIULIANI *y* D'ALBANO

GIULIANI, *acalorado.*

¡Hombre, yo no vuelvo de mi asombro! ¿Qué quieres? Tus palabras me han desconcertado; ¡excusas y apruebas la conducta de Jorge!

D'ALBANO.

No, yo no excuso ni apruebo: explicó sencillamente.

GIULIANI.

Ya, ya... se comprende. Pero ¡bendito sea Dios! explicas justificándolo todo.

D'ALBANO.

Te engañas, Giuliani. La diferencia consiste en esto, que tú miras las cosas superficialmente, mientras que yo voy más allá, más allá...

GIULIANI.

Sí, y vas tan allá, tan allá, que yo te pierdo de vista.

D'ALBANO.

Eso no es más que un chiste inoportuno.

GIULIANI.

¿Qué quieres? Me divierte tu indulgencia de última hora. Hombre ¡si parece mentira!...

D'ALBANO.

Ya lo decía yo: ustedes no ven más que el lado exterior de las cosas.

GIULIANI.

Vemos los hechos, lo que se ve, lo palpable, en una palabra...

D'ALBANO.

Y juzgas por ellos, ¿verdad?

GIULIANI.

¡Es natural!

D'ALBANO.

Pues no, no es natural, Giuliani. Detrás de los hechos, de lo que se ve, de lo palpable, hay *causas:* lo que no se ve, ó, al menos, que no ven todos. Míralo bien, obsérvalo: Jorge es casi un niño, no obstante, esa sonrisa de amargura que le contrae constantemente los labios, habla de toda una existencia de dolor.

GIULIANI.

¿De manera que, según tu modo de ver, lejos de censurar su conducta la apruebas?

D'ALBANO.

Ya he dicho que yo no apruebo nada. Nosotros no sabemos, Giuliani, el giro que puedan tomar las depresiones en la naturaleza humana. A veces bastan pocas impresiones para modificar un carácter ó para deformarlo.

GIULIANI.

Con ese método acabaría uno por tolerar las cosas más disparatadas del mundo. ¿Qué un hijo comete mil tonterías en detrimento del padre, á quien no respeta, ó de los amigos, cuyo cariño le importa un bledo? Pues bien, no se quejen ustedes, señores y milores: yo les explicaré las *causas* y ustedes dirán que está muy bien. He aquí, en resumen tu idea...

D'ALBANO.

...puesta en caricatura. Y está bien. ¿Te satisface ello? *(Breve pausa.)* Yo digo, Giuliani, que hay más enfermos de lo que se supone...

GIULIANI

¿Enfermos?

D'ALBANO.

Sí, enfermos; pero muchos más de lo que se supone. Aquí el enfermo no es únicamente Carlos. Otros hay: tú mismo...

GIULIANI.

¡Yo! Yo enfer... Mira, D'Albano, enpiezo á creer que eres un loco de atar. ¡Enfermo yo! ¿Pero de dónde sacas eso?

D'ALBANO.

Enfermo, enfermo, como muchos otros.

GIULIANI.

¡Quítate de aquí! Enfermo... ¡yo! ¡Tengo un apetito que me hace capaz de devorar un buey!

D'ALBANO.

No importa.

GIULIANI.

Bueno. No te des cuidado por mi enfermedad; pero escúchame bien: ó tú vuelves en tus cabales, ó yo te hago encerrar en un ma-ni-co-mio. ¿Estamos?

D'ALBANO.

Hombre, ya que mis palabras te causan tanta sorpresa, te diré más: no todos los muertos están en el cementerio.

GIULIANI, *imitándole.*

Ni todos los locos están en la casa de orates.

D'ALBANO

También eso es cierto.

GIULIANI.

Vean ustedes... ¡Apuesto que ahora dices que estoy muerto! Pero en guardia, de lo contrario... camisa de fuerza. *(Ríe.)*

ESCENA II

DICHOS *y* BERTA

BERTA *por la derecha.*

¡Dichoso usted, señor, Giuliani! ¡Cuánto me consuela ver un poco de alegría en esta casa donde todo es tristeza!

GIULIANI.

¡No, no se alegre usted, Berta!

BERTA.

¡Vaya! Y ¿por qué?

GIULIANI.

Porque también está usted enferma. Más, ¡está usted muerta! ¡Ah! ¡ja! ¡ja! ¡ja!...

BERTA.

¡Jesús María!

GIULIANI.

Voy por la mortaja. ¡Ah! ¡ja! ¡ja! ¡ja!... *(Vase por la derecha.)*

BERTA.

¡Por el amor del cielo, doctor! ¿Qué pasa?

D'ALBANO.

Bromas del señor Giuliani. Hoy está de buen humor...

BERTA.

¡Vaya unas bromas!

D'ALBANO.

Oiga usted, Berta ¿tampoco hoy ha venido la señorita Ana?

BERTA.

Tampoco hoy.

D'ALBANO.

Pero ¿se sabe al menos si está en la quinta?

BERTA.

Sí, señor doctor. Anoche estuvo la luz encendida hasta muy tarde.

D'ALBRNO.

¿Y no se sabe por qué la señorita Ana ha dejado de venir aquí, así de pronto?

BERTA.

Nada, señor doctor. Aquí todos evitan nombrarla.

D'ALBANO.

Es extraño.

BERTA.

En efecto...

D'ALBANO.

¿Y Jorge... no va á visitarla?

BERTA.

No, señor doctor. No pasa del jardín.

D'ALBANO.

Cada vez lo entiendo menos.

BERTA, *mirando hacia fuera.*

¡Doctor! ¡Está aquí!

D'ALBANO.

¿Quién?

BERTA,

¡La senorita Ana!

D'ALBANO.

¿Qué dice usted, Berta?

BERTA.

¿Aquí está, doctor!

ESCENA III

DICHOS *y* ANA

ANA, *entrando por la puerta del fondo.*

En busca de usted venía, doctor.

D'ALBANO.

¿De veras?

ANA.

Sí, doctor.

D'ALBANO.

Usted dirá. Estoy completamente á sus órdenes. *(Ana mira á Berta como para indicar que desea permanecer sola con D'Albano.)*

BERTA.

Pido á ustedes me dispensen.... *(Vase por la derecha.)*

D'ALBANO.

¿Decía usted...?

ANA.

Verdaderamente... aun no he dicho nada. Pero no importa. *(Mirando fijo al Médico.)* Yo me marcho.

D'ALBANO.

¡Ah!

ANA.

Sí, doctor: me marcho. Pero antes de alejarme de aquí siento la necesidad y, sobre todo, el deber de enterar á usted de algunas cosas importantes y quizás graves...

D'ALBANO.

¿Qué dice usted, señorita?

ANA.

Acaso no tardaría en descubrir cuanto voy á referirle. Mi objeto es, pues, prevenirle á usted.

D'ALBANO.

No le oculto que ha despertado en mí viva inquietud, señorita. *(Una pausa.)*

ANA.

¿Ha leído usted, doctor, los «Cuentos de un alucinado» de Jorge?

D'ALBANO.

Sí...

ANA.

¿Y no ha observado usted nada?

D'ALBANO.

No sé á qué se refiere usted, señorita.

ANA.

Digo si cree usted que eso es un producto natural ó si... ¿Recuerda usted las descripciones de esa vida semiconsciente que palpita en esas páginas?

D'ALBANO.

Sí, las recuerdo; y no pocas veces he creído descubrir cierta analogía entre lo que Jorge describe y sus condiciones actuales.

ANA.

¿Y ha pensado usted en las causas?...

D'ALBANO.

Las causas... pueden ser muchas y no siempre fáciles de determinar.

ANA.

No obstante, en Jorge la principal es una, doctor, ¿Qué dice usted de los bebedores de éter?

D'ALBANO, *que acaba de comprenderlo todo.*
¿Cómo? ¿Jorge acaso...?

ANA.

Sí. Esas pocas narraciones que le valieron el aplauso de toda la crítica parisiense, son el producto de no pocas gotas de éter.

D'ALBANO.

¡Pero ese desdichado ha cometido un crimen consigo mismo!

ANA.

Eso no es todo, doctor.

D'ALBANO.

¡Hable, hable usted, señorita!

ANA.

Después de algún tiempo que Jorge acudía á ese estimulante, comenzó á sentir un vago malestar que no tardó en acentuarse luego, atacándole el corazón.

D'ALBANO.

Era fatal, desdichadamente.

ANA.

Y para mitigar esos desgarramientos, Jorge recurrió á la morfina.

D'ALBANO.

¿Qué dice usted?

ANA.

La verdad pura, doctor.

D'ALBANO.

¿Cómo ha podido él cometer esas atrocidades? ¿Sabía acaso lo que le esperaba como consecuencia inevitable?

ANA.

Cuando yo le conocí ya todo estaba hecho. Llegué tarde, pues. Pero Jorge me habló un día de tristezas invencibles, de dolores y angustias supremas, de toda una juventud sin sonrisas ni afectos, transcurrida en una monotonía gris donde jamás ha penetrado un rayo de sol que le iluminase y le infundise el impulso viril de la vida fecunda.

D'ALBANO, *dejándose caer en el sofá, abatido.*

¡Es cierto, es cierto!

ANA.

No obstante, aun no es todo. Existen otras causas que se acentúan cada vez más, y son esas que ahora lo torturan cruelmente. Yo estoy segura que nadie sospecha aquí los tormentos de esa alma desgarrada por espasmos indecibles.

D'ALBANO.

¡Contra mis hábitos de médico, me da escalofríos el pensar en tanta desventura!

ANA, *bajando la voz.*

Aquí nadie lo sabe, doctor... Usted puede prolongar este estado...

D'ALBANO, *bruscamente.*

Pero ¿reflexiona usted en lo que dice? ¿O cree que yo puedo de buenas á primeras hecerme cómplice de semejantes desvaríos?

ANA.

Yo lo hice antes que usted, doctor y mi conciencia no me reprocha nada. Lo peor está hecho; ya no se puede retroceder... Yo me voy...

D'ALBANO.

¿Y á mí me queda ahora el encargo de continuar envenenándole, ¿no es así?

ANA.

Piense usted en la situación del señor Carlos... El debe ignorar... Si viese á su hijo durante un acceso, acaso no sobreviviría...

D'ALBANO.

¡Calle usted, por Dios! *(Pausa.)* Diga usted: ¿Jorge necesita con frecuencia ese paliativo?

ANA.

Cada vez que se propone trabajar... *(Ambos se miran fijamente, en silencio; después, como tomando una resolución.)* Vea usted, doctor; yo creo que

dadas las circunstancias, conviene dejar de lado todo rodeo.

D'ALBANO.

Pero si no deseo otra cosa. Ya comprenderá usted.

ANA, *mira en torno suyo para asegurarse de que nadie escucha. Luego mira á su interlocutor como si quisiese escrutar sus pensamientos.*

He notado que usted observa á Jorge atentamente, y ello me ha hecho suponer que ha visto en él algo extraño, ¿no es cierto?

D'ALBANO.

Sí, una vaga inquietud, algo que usted acaba de aclarar.

ANA.

En parte... ¿se ha fijado usted en la inercia de Jorge?

D'ALBANO.

Yo no me atrevo á llamarla así... He notado varias veces que la mente de Jorge está en continua ebullición, lo cual indica que una grande actividad cerebral desarrolla sus concepciones literarias, para darles luego la forma exterior definitiva.

ANA.

No, doctor; Jorge no verá realizarse ninguno de sus sueños literarios. Cuando yo le conocí pensé que su estado de sobrexcitación obedecía á un período pasajero, el que procede á toda elaboración

mental, pero me engañé. En Jorge todo es fiebre, efecto de su imaginativa instable, divagante. La voluntad en él ha muerto, está agotado. *(D'Albano, se cubre el rostro con las manos. Pausa.)* Ahora comprende usted, doctor... Yo no puedo dejar que mi vida transcurra así... *(Baja más la voz y se acerca á D'Albano.)* ¿Si un día se me quedara muerto en los brazos?... ¡Oh sería horrible! *(Otra pausa.)* Doctor, deseo ver al señor Carlos; pero antes de marcharme le avisaré á usted.

D'ALBANO.

Que él no sospeche nada, señorita.

ANA.

No tema usted. *(Se dirige hacia la derecha. En el umbral de la puerta se encuentra con Giuliani, el cual durante las últimas palabras ha observado al doctor y á Ana, pero sin haber oído. Se saludan y Ana sale.)*

ESCENA IV

D'ALBANO, GIULIANI, *luego* JORGE

GIULIANI, *golpeándo en el hombro.*

¿Y bien?

D'ALBANO, *(que se ha quedado sentado en el sofá de la izquierda, al verle se levanta excitado.)*

¡Ah, Giuliani, qué cosas pasan!

GIULIANI, *con sorna, indicanda á Ana.*

¿Otra enferma ú otra muerta?

D'ALBANO.

Estamos como para bromas...

GIULIANI, *al ver á Jorge que viene por la izquierda.*

¡Aquí viene otro!... *(A Jorge.)* ¿Qué tal Jorge, ha sido hoy más complaciente?

JORGE, *con vivo interés.*

¿Quién, quién?...

GIULIANI.

¡Hombre! La diosa musa...

JORGE. *brusco.*

¡Ah, no: como siempre!

GIULIANI.

Es extraño... Pero, diga usted Jorge: ¿le ha costado á usted tanto trabajo escribir el otro libro?

D'ALBANO, *turbado, en voz baja.*

¡Calla, Giuliani!

JORGE, *levantándose con vehemencia.*

¿Por qué me pregunta usted eso?

GIULIANI, *A D'Albano, mientras éste le hace señas para que calle.*

¿Pero qué ocurre?

JORGE.

¿Por qué me pregunta usted eso, he dicho?

GIULIANI.

¡Hombre, porque si cada libro que se escribe le deja á uno así... los libros no valen de veras lo que cuestan!

JORGE.

¿Y quién lo duda?

GIULIANI.

¿De suerte que usted está de acuerdo conmigo?

JORGE.

¿Y podría no estarlo, viendo lo que me pasa á mí cada día?

GIULIANI.

Pues deje usted de lado todas esas cosas que le sacan de quicio, y... ¡abur!

JORGE, *con brusca desesperación.*

¡Es que no puedo! ¡No puedo librarme del peso enorme que llevo aquí dentro, Giuliani! ¡Oh, es espantoso!

D'ALBANO.

¡Jorge, Jorge!...

JORGE.

¡Ah, doctor! ¿Quién puede calcular, quién si no ha sentido nunca todo el peso de una gran idea informe que permanece demasiado en nosotros porque ¡ay! demasiado tarda la hora de la liberación, de la

luz? Oh, qué dicha hallar en las palabras los medios que nos transportan de lo visible á lo invisible!

GIULIANI, *bajo.*

Oh, ya estamos. Ahora el que se atreva que le ataje...

D'ALBANO.

No insista usted en querer vivir una concepción de pura idealidad y que no puede transformarse por ningún medio en concepción real. Su persistencia en querer unir la razón á una idea fija hasta puede llegar á fatigar la mente... Pero ¿ha reflexionado usted si en la vida común hay suficientes elementos de pura poesía para materializar el ensueño?

JORGE.

¡Qué extraña tortura! Vencer el desequilibrio que existe entre la concepción y la realización. ¡Y hace ya tanto tiempo que vivo así, esperando!

D'ALBANO.

Jorge, usted quiere vivir sus concepciones y ello le ha llevado fuera de lo que es en manera absoluta. Usted ha sobrepujado la vida, y la naturaleza tiene sus leyes, inflexibles, duras, insuperables.

JORGE.

¡Oh! cuando nuestra vida no completa lo que la naturaleza terrible y divina nos hace vislumbrar, hay que ir ¡más allá de la vida! *(Giuliani mueve la cabeza como burlándose de lo que acaba de oir, y se*

marcha por la derecha cantureando. Jorge profundamente resentido, mientras le mira alejarse.) ¡Me entran ganas de estrangularle! *(Pausa.)* Esto no tiene nombre, doctor. Yo, yo siento aquí, en mi cerebro, mundos infinitos que arden y ruedan sin cesar, confusamente; y cada hora que pasa, las vidas que dentro de él se agitan se multiplican con una rapidez vertiginosa, y se iluminan, cruzando sus sonidos y sus colores á tal extremo, que exaltan todo mi ser como si ello fuese el principio del delirio! *(Calla de pronto, como herido por su última palabra; mira fijamente á D'Albano, luego exclama, con fuerza.)* ¡No! ¡no! El delirio no... El delirio no... ¿Por qué el delirio? ¿Quién lo ha dicho?

D'ALBANO.

No, Jorge, no. Cálmese usted.

JORGE.

Ah, no puedo, no puedo más!

D'ALBANO.

Es menester que trate usted de ordenar un poco su mente, Jorge. Se excita usted demasiado con ideas dañosas...

JORGE, *con creciente desesperación.*

¡Es que no puedo más! Todo mi ser vibra de dolor bajo los impulsos de una energía insostenible; toda mi esencia vital se inflama, repercute aquí en mi cerebro, todo poblado de mundos prodigiosos

en los cuales se agitan miriadas de formas y de imágenes animadas por un fuego que arde aquí, aquí, ¡oh! ¡ooohl... *(Oprimiéndose las sienes, con dolor.)* Es un peso enorme. ¡Oh! yo quisiera librarme de él pero ¿cómo? Yo quisiera penetrar ese mundo de pasiones que luchan y viven en mí, para reducirlas á ideas, encérrandolas en formas sensibles; pero todo huye á la más pequeña tentativa, se desvanece, aunque no del todo. Y me queda aquí algo más pavoroso que la nada... más caótico, más frío; y entonces me siento vencido por un cansancio somnoliento, y mi ser como si perdiese toda su consistencia material, parece deslizarse sobre lagos de aguas muertas, entre paisajes de pesadilla, poblados de sombras vagas, y entre una quietud infinita, así como si los mundo también rodasen adormecidos... Y cuando, haciendo esfuerzos inauditos yo quiero aferrar todo eso con puro sentimiento de arte, el encanto de lo oculto, de lo indefinido, huye, huye, se aleja como todas las demás cosas y la intima esencia de mis previsiones se desvanece, y las ideas, iluminadas antes por mi llama interior, se oscurecen, se apagan así como esas mariposas besadas por la luz que, cuando nos apoderamos de ellas, no nos dejan entre los dedos más que el polvo de oro de sus alas! ¡Y hace tanto tiempo que vivo así! *(Cae extenuado sobre el sofá.)*

D'ALBANO.

Nó se fatigue usted, Jorge. Trate de calmarse: haga un esfuerzo...

JORGE.

Pero sí toda mi vida no ha sido más que un esfuerzo. Yo no he retrocedido nunca ante ningún medio de sacrificios, doctor, ni aun ante los más terribles...

D'ALBANO.

¡Desdichadamente!...

JORGE *impresionado por las palabras de D'Albano, mirándole fijo en los ojos.*

¿Cómo? ¿Usted sabe, doctor?

D'ALBANO.

Cometió usted una imprudencia imperdonable, Jorge.

JORGE *con vehemencia.*

¿Ana ha estado aquí? ¿Ella, doctor? ¡Hable usted!

D'ALBANO.

La señorita Ana se ha decidido á cumplir su deber, Jorge.

JORGE.

¿De modo que aquí pasa algo que se me oculta?

D'ALBANO.

Nada de lo que aquí ocurre es ignorado por usted.

JORGE.

¿Por qué, entonces, Ana le dijo á usted lo que había jurado ocultar á todos, por qué?

ESCENA V

DICHOS y ANA.

(Ana entra por la derecha.)

JORGE *va hacia ella con ansia.*

¡Ana! ¡Ana! ¿Qué pasa aquí, que se me oculta? ¡Habla! ¡habla!

D'ALBANO.

Nada, Jorge; puede usted creerme.

ANA, *bajo al médico.*

Discúlpeme, doctor; déjeme sola con él un rato.

JORGE.

¿Por qué ese misterio, Ana?

D'ALBANO, *mientras se marcha por la derecha.*

No hay misterios, Jorge; se lo garantizo á usted.

ANA, *disuadiendo á Jorge que está por preguntarle algo, con mimo y coquetería.*

¡Pst! No quiero que se me hagan muchas preguntas.

JORGE.

Pero...

ANA.

¡Pst! He mandado callar.

JORGE *la mira sin comprender, con curiosidad, luego con inquietud.*

¿Ana?

ANA *mirándole fijo en los ojos.*

Tú no conoces mi más profundo pensamiento, y este es tu mayor enemigo. (*Inmediatamente, para borrar la impresión de lo que ha dicho, arrojándole los brazoz al cuello.*) ¡Niño! ¡niño! Sí, sí, no pasas de ser un niño!

JORGE.

¡No sé, Ana, no sé. Hay en ti algo misterioso, algo que adivino y que me da miedo ¡miedo sí! ¡Fuiste cruel conmigo, Ana! ¡Oh! ¡La tortura de estas dos últimas noches! ¡Al pensar que podía tener necesidad de lá morf... (*Se estremece.*) Mordía las frasadas para sofocar mis quejidos. Aun estoy aterido. Aquí nadie sabe... (*Herido por una idea.*) Pero ¿por qué, Ana, se lo contaste al doctor?

ANA.

No fuí yo quien habló... me ha hecho preguutas vagas... El ya sabía.

JORCE, *como alucinado, mirando al vacío.*

¡Cómo! ¿Pero entonces el mal aparece hasta en mi semblante?

ANA, *sacudiéndole con cierto cariño.*

Jorge, Jorge; deja esa idea fija.

JORGE.

Tengo miedo. Creo que dentro de poco... (*Con fuerza.*) ¡Quédate, no te vayas á tu casa, Ana!

ANA.

Vuelvo en seguida...

JORGE.

Has estado tres días sin venir. ¡He sufrido tanto, Ana! Mira: si tú hubieras estado aquí, yo hubiera trabajado. (*Ana sonríe incrédulamente.*)

JORGE, *notándolo*

Sí, sí. Porque tú eres una necesidad para mí. Habría trabajado. Nunca he tenido la mente tan clara. Y tú sabes, tú sabes qué quiere decir para mi poder trabajar. Estoy seguro que hubiera podido empezar mi libro...

ANA.

Ya sería inútil. (*Deteniéndose bruscamente, arrepentida de lo que acaba de decir.*) ¡No, no me hagas caso, Jorge! (*Mira á Jorge, que palidece.*)

JORGE, *con fuerza.*

¡Ana! ¿Qué pasa aquí? ¡Habla!

ANA, *algo turbada.*

Nada, hombre, nada. ¿Por qué me lo preguntas?

JORGE.

Sí, sí, Tú tienes una idea que me ocultas. Lo veo,

lo siento en tu voz. Tus palabras... ¡mírame! Tú fuiste siempre la primera en hablarme de mí libro, y te interesabas haciéndome una serie de preguntas sobre los detalles más accesorios. ¿Recuerdas? El último día que te acompañé á tu casa has querido saber mil insignificancias sobre el final. Y así siempre, todas las veces que estuvimos juntos. Ahora yo te hablo de esa obra que me atormenta incesantemente, que me desgarra el alma como sabes, que es toda mi vida, y tú me respondes...

ANA.

¿Y si hubiese escrito yo tu libro?

JORGE.

¡No! ¡Tú no serías capaz, no!

ANA.

Tienes razón. No hagas caso de mis palabras.

JORGE

¡Me das miedo, Ana; me das miedo! Tus palabras ocultan una idea que tú no puedes decirme.

ANA.

Y si sabes que no puedo decírtela, ¿por qué me interrogas.

JORGE

Por qué estoy en tus manos, porque tú eres una necesidad para mí. por qué yo siento que dentro de poco necesitaré... (*Se estremece.*) ¡Oh! ¡Ana, piénsalo, piénsalo!

ANA.

Cálmate. No temas. Ya verás como todo queda arreglado. *(Jorge quiere hablar.)* ¡Pst! Ahora voy y vuelvo... en seguida, y tú me acompañarás á casa y todo será como antes. ¿Está bien así? ¡Pst! No quiero observaciones. Y ahora, si le parece á usted, alcánceme la sombrilla.

ESCENA VI

DICHOS, CLARA, D'ALBANO, *luego* GIULIANI, CARLOS *y* BERTA

(Clara aparece por el jardín. Viste traje de paseo, muy elegante.)

ANA.

Tú llegas mientras yo me voy... *(A Jorge)* ¿Quiere usted alcanzarme mi sombrilla? *(Fingiendo hablar con Clara para que entienda Jorge,)* ¡Es necesario!... *(A D'Albano.)* ¿Estamos de acuerdo, no? ¿Quiere darme su brazo, doctor? *(D'Albaao, algo confuso, le da el brazo y ambos salen por el jardín. Jorge y Clara se observan en silencio.)*

GIULIANI *entra por la derecha con Carlos; Berta viene empujando el sillón. Al ver que D'Albano se aleja con Ana, va hacia el fondo diciendo.*

¡Ola, ola! Me parece que nuestro doctor, ¿eh?

CLARA, *bajo á Berta.*

Ve, mira qué ocurre. *(Berta vase por la derecha. Jorge va hacia el fondo de la escena, y desde la terraza mira alrededor; luego vase por la izquierda.)*

GIULIANI.

¿Ya de vuelta?

CLARA, *mientras se quita el sombrero y los guantes.*

¡Hace un calor que sofoca! ¡En breve tendremos lluvia *(Pasea por la escena con inquietud, mirando hacia el jardín.)*

GIULIANI.

Eso mismo le decía yo hace un instante á Carlos, ¿verdad? *(Carlos, desde que ha llegado, sigue con la mirada todos los movimientos de Clara.)*

GIULIANI, *deteniéndose delante del busto de Lucas de la Robbia.*

Pero, ¿quieres decirme qué has hecho para conseguir esta maravilla?

CARLOS.

¿Cuál?

GIULIANI.

Este busto de Lucas de la Robbia. ¡Sabes que es hermoso de veras!

CARLOS.

Ha sido encontrado en el Arno por algunos pescadores. Fué una tarde. Yo estaba presente. ¡Otros tiempos aquéllos! Lo mismo sucedió con ese bajo relieve griego... *(Clara desaparece por la derecha de la terraza que da al jardín. Carlos cesa de hablar y la sigue con la mirada.)*

GIULIANI.

¿Quieres creer que yo no atino á explicarme cómo han ido á parar al Arno tantas maravillas de arte? *(Examinando el bajo relieve.)* Este está demasiado roído, pero se entrevén aún muchas finezas. Tú tienes aquí cosas realmente raras.

CARLOS.

Ya no: he regalado mucho al museo.

ESCENA VII

DICHOS *y* ADELA.

ADELA *viene por jardín con un gran ramo de flores,*

Mira, papá, mira cuántas ¿eh?

GIULIANI.

¿Quién te ha dado esas flores?

ADELA.

El jardinero. Mire usted, mire usted, señor Giuliani, qué hermosas son.

GIULIANI.

¿Me das una?

ADELA.

¡Ya lo creo que sí! Pero antes á mi papaíto. *(A Carlos.)* Toma, toma las que quieras; una muy linda ¿eh? ¿No quieres ninguna? *(Con mimo.)*

CARLOS, *besándola con fervor.*

Sí, sí, vida mía. Dame una, una muy bella. *(La besa de nuevo.)*

GIULIANI, *conmovido.*

Esta niña es como un rayo de sol en esta casa, Carlos, ¡Bendita sea! Te dejo un rato, mientras yo despacho varias cositas para mi marcha. *(Vase por la derecha.)*

CARLOS.

¿Has paseado mucho con mamita, hoy?

ADELA.

Sí. Ahora pongo algunas de estas flores en un poco de agua: así no se marchitan ¿verdad?

CARLOS.

Ponlas, sí. Y... ¿dónde está mamá? ¿Lo sabes?

ADELA.

La vi recién en la terraza mirando hacia el jardín.

CARLOS.

¿Qué hay en el jardín?

ADELA *continúa arreglando sus flores.*

Nada. Ah, sí: está Jorge. Dime papá: ¿por qué Jorge no es bueno con mamita?

CARLOS.

¿Quién te ha dicho eso?

ADELA.

Hoy, mientras salíamos, pasamos cerca de él, en el jardín, y cuando nos vió, se fué. Yo entonces corrí para darle una flor, y no la quiso. ¿Por qué?

CARLOS.

No le gustarán las flores... ¿Y tú has dicho que mamá está en la terraza mirando á...?

ADELA.

Jorge, sí.

CARLOS *con un gesto nervioso.*

¡Llámala! ¡Dile que venga!

ADELA.

¡Papaíto! ¿Qué tienes?

CARLOS, *haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.*

¡Nada, calla! ¡Déjala, déjala!...

ADELA.

¿Voy á ponerlas en agua?

CARLOS, *besándola.*

Sí, ve, querida. *(Adela vase por la derecha.)*

ESCENA VIII

CARLOS *y* CLARA.

(Carlos se oprime la cabeza con las manos. Clara entra por el fondo. Su aspecto es inquieto, taciturno.)

CARLOS *levanta la cabeza y sus ojos se encuentran con los de su esposa.*

¡Clara! *(Ambos quedan mirándose silenciosamente.)* Clara... ¿quieres sentarte á mi lado, un instante, nada más que un instante? *(Clara se acerca al sofá y se deja caer en él con displicencia. Carlos la observa, como si quisiera sorprender sus ideas.)* Yo no quisiera afligirte con mis inquietudes, Clara; pero las tuyas me dicen que ya no hay en ti la serenidad de espíritu de otros tiempos...

CLARA *sacude la cabeza, le mira con fijeza, y tras breve pausa.*

Nunca me has hablado así, Carlos.

CARLOS.

Nunca te he hablado de otra manera. En otro tiempo no hubieras notado ninguna disonancia en mis palabras; en cambio, hoy, la disposición de tu espíritu rechaza toda comunión profunda...

CLARA.

No alcanzo el sentido de tus palabras.

CARLOS.

Escucha, no te distraigas. Examina tu espíritu. ¿Sabes si hay en ti la conciencia de tu estado actual?

CLARA, *como si llegase á su espíritu una alta advertencia.*

El cerebro tiene repercusiones extrañas. Ahora me parece haber oído otras veces, pero no de tus labios, palabras parecidas á las tuyas.

CARLOS.

¿Y ahora llegan á tu conciencia así, como tú sabes que yo deseo?

CLARA.

Llegan confusamente. Sólo percibo vibraciones vagas que aumentan mi inquietud...

CARLOS.

Tú no eres una mujer superficial, Clara. Dime: ¿no te sientes cambiada en lo más íntimo de tu ser?

CLARA.

Yo espero algo que ignoro, como el que espera la liberación. No sé más.

CARLOS.

Los acontecimientos que se agitan en tu espíritu ¿dejan huellas en tu realidad consciente?

CLARA, *con abandono, casi alucinada.*

Yo no sé sino que me busco en mí misma. No sé quién soy en realidad.

CARLOS.

Nosotros somos, en realidad, lo que realmente sentimos ser. Clara, ven, acércate más, más, como antes... Hace mucho tiempo que vives encerrada en ti misma. ¡Ya no me buscas, como antes!... ¡Al contrario huyes de mí!.. *(Clara reclina la cabeza sobre el respaldo del sofá. Pausa.)* ¡Qué lejos estás de mí, Clara! *(Quiere atraerla, pero Clara le rechaza con un gesto más instintivo que consciente.)* ¡Mírame en los ojos... así, como cuando sabías querer, como cuando tu voluntad me hacía revivir, arrancándome de las manos mismas de la muerte!

CLARA.

¡No te exaltes, Carlos! ¡No fatigues tu espíritu!

CARLOS.

Por la serenidad del tuyo pensemos juntos. ¿Quieres, puedes querer unir tu voluntad á mi cariño, Clara?

CLARA, *con acento débil.*

Sí.

CARLOS.

Esas agitaciones interiores que te hacen extraviarte en ti misma ¿no han destruído nada de lo que es sagrado para los dos?

CLARA, *dominada, vencida.*

No, no.

CARLOS.

¿Hablas con la razón ó con el sentimiento? ¿Sabes si lo que afirmas está realmente en tu conciencia?

CLARA.

Sí, sí...

CARLOS, *con efusión.*

¡Bendita seas, Clara! *(Hace como para besarla en la frente. Jorge aparace en el fondo de la escena. Clara, al verle, rechaza á Carlos, se yergue bruscamente, inmutada, temblorosa, y mira fijamente á Jorge. Carlos, que estará sentado dando la espalda al fondo, vuelve la cabeza, y al ver á Jorge buscá la mirada de Clara y exclama casi para sí mismo:)* ¡Qué lejos estás, Clara! *Jorge mira en derredor con indiferencia.)*

ESCENA IX

DICHOS, JORGE, ADELA, *luego* BERTA:

ADELA *viene por la derecha gozosamente, trayendo algunas flores, cuyo perfume aspira con mimo infantil.*

¡Uh! ¡Qué perfume, y qué hermosas flores! *(Impresionada por la actitud de Jorge y de Clara, dice á Carlos, en voz baja.)* ¿Por qué se miran así? *(Una pausa, luego á Jorge.)* ¿Quieres una? *(Enseñándole las flores.)* Mira, te doy ésta, la más linda de todas.

CARLOS, *á Adela.*

Sabes que no le gustan las fllores...

JOEGE, *mientras mira á Adela con ternura.*

Sí que me gustan las flores *(y, casi involuntariamente, hace como para tomar una.)*

CARLOS, *bruscamente.*

¡Ven aquí! Dame esa flor... *(Adela le da la flor.)*

CARLOS.

Toma, Clara: ofrécele tú misma este clavel rojo á Jorge. *(Clara mira alternativamente á Jorge y á Carlos, después toma el clavel que le da su esposo y va hacia Jorge con timidez.)*

BERTA, *entra por el jardín, concitada; se dirige hacia Clara y le dice casi al oído.*

Señora, la señorita Ana se va, se marcha. Yo misma he visto el equipaje. El doctor está con ella. Hablan en voz baja, como si tratara de ocultar algún secreto.

CLARA, *que desde las primeras palabras se ha quedado consternada, se turba, se agita, y por fin, como si acudiese una idea terrible á su cerebro, exclama con fuerza.*

¡Jorge! *(Luego á Carlos, febrilmente.)* ¿Tú sabías?... ¿Tú sabías, Carlos?... ¿Tú sabías?... *(Carlos, que no comprende, interroga con la mirada, Clara, á Jorge, con exaltación.)* ¡Ana, Ana! ¡Huye! ¡Huye! *(Jorge se queda como petrificado.)*

CARLOS, *á Jorge.*

¿Tú sabías, Jorge?...

JORGE, *casi aturdido.*

¡No! ¡No!...

CARLOS.

¿No te ha dicho nada?

JORGE.

¡No! ¡No! *(Luego, en el paroxismo de la desesperación.)* ¡Mi libro! ¡Mi obra! ¡Mi libro!

CLARA, *agitadísima.*

¡Berta, ve, corre, di al doctor que la detenga con cualquier pretexto!

JORGE.

¡Me roba, me roba mi libro, mi obra!

CLARA.

¡Ve, Berta; corre! *(Berta vase por el jardín.)*

CARLOS.

¡Jorge!

JORGE, *con las facciones alteradas, los ojos vidriosos, respira fatigosamente.*

¡Es mi vida entera, que se desvanece como un sueño!

ADELA, *abraza á Carlos, temerosa.*

¡Papá, papaíto mío!... ¡Tengo miedo!

CLARA, *con resolución.*

¡No, no huirá, Jorge! ¡Yo misma la detendré!

CARLOS.

¡Clara!

JORGE.

¡Es toda mi existencia que se va!

CLARA.

¡No, Jorge! ¡Yo se lo impediré!

CARLOS.

¡Clara! ¿Qué te propones?

ADELA.

¡Papaíto!...

CARLOS.

¡No me dejes solo, Clara!

JORGE.

¡Salve usted mi libro, Clara, y mi existencia le pertenecerá!

CARLOS.

¡Clara, quédate aquí! ¡Te lo mando!

JORGE.

¡No, Clara, no!

ADELA.

¡Papaíto!

CARLOS.

¡Clara! *(Clara, después de breve lucha de indecisión, hace un gesto de desafío y huye por el fondo.)*

JORGE.

¡Sí, sí! ¡Mi libro!...

CARLOS.

¡Clara, Clara, Clara!

ESCENA X

JORGE, CARLOS *y* ADELA.

JORGE *cae exhausto sobre el sofá.*

¡Oh, cuántas sombras se arrojan contra mí! ¡Y la infaltable está allí, siempre en acecho, con los ojos inyectados de fuego, de fuego... de fuego!

CARLOS, *casi afónico.*

¡Jorge! ¡Jorge!

ADELA, *escondiendo la cabeza entre los brazos de su padre.*

¡Qué miedo, papá querido!

JORGE *deja vagar su mirada apagada en el vacío. Luego, cubriéndose el rostro con las manos, grita.*

¡Quitad de ahí toda esa luz! ¡Quitadme de los ojos toda esa luz! ¡Todo es fuego!... ¡Todo es fuego... y dos alas negras! ¡Ah! ¡Sí, allí está! ¡Allí está! ¡Sí: hazme señas! ¡Maldita!

CARLOS, *aterrorizado.*

¡Jorge!...

JORGE *se yergue bruscamente, y cae sobre el sofá. Después se desgarra desesperadamente la ropa como si luchara cuerpo á cuerpo con alguien.*

¡No! ¡No! ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ay! ¡Harto rabiosamente te has aferrado á mí! ¡Déjame! ¡Déjame, espectro de mí mismo! ¡Maldito! ¡Déjame! !Déjame! *(Cae de nuevo, sus músculos se tienden, mientras sus ojos apagados miran al vacío. Luego, con voz sorda apenas perceptible.)* ¡Cuánta sombra y cuánto fuego!

ADELA.

¡Papá... papá querido!

CARLOS.

¡Jorge, Jorge!...

JORGE, *con el semblante sin expresión, los brazos caídos á lo largo, extenuado, los ojos sin vida, que se encuentran con los de Carlos.*

¡Ana, Ana, An...!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa otra habitación de la quinta. Rompimiento en el fondo, por el que se ve el vestíbulo y, detrás la terraza que da al jardín; cuya arboleda deja ver sus ramas cubiertas de hojas secas. Puertas laterales. En segundo término, á la izquierda, un sofá; al lado, pero más adelante, una mesilla con recado de escribir; sillas, poltronas. Hacia la caída de la tarde; otoño.

ESCENA PRIMERA

CLARA *y* BERTA.

BERTA, *junto á la puerta de la izquierda mirando adentro de la habitación. Clara, en el centro de la escena, aguarda con ansiosa nerviosidad.*

¡Como siempre: inmóvil, en el mismo sitio, la mirada perdida en el vacío, cual si mirase algo que nosotros no vemos! *(Breve pausa.)* ¡Qué aspecto tienen hoy las cosas, Dios mío! Y ¡qué desolada está la campiña! ¡Parece que ella también toma parte en nuestra amargura!

CLARA.

¡Ha llovido tanto! *(Una pausa.)* Ya anochece.

BERTA.

¡Sólo de pensarlo me dan escalofríos! Todavía me parece estar oyendo los ladridos del perro de anoche. ¡Qué cosa más desoladora, Dios mío! Nunca he oído cosa igual. En algunos instantes parecía un quejido humano que viniese de lejos, traído por el viento.

CLARA.

No pienses en ello, Berta.

BERTA.

Es que aun veo la imagen del perro muerto, lleno de marañas en las patas como si alguien se las hubiese amarrado, y con los ojos abiertos, abiertos...

CLARA.

No recuerdes esas cosas, Berta.

BERTA.

Algo me dice que todo eso no es de buen agüero.

CLARA.

¡Calla, te digo, Berta! Hoy me parece que todas las cosas pueden influir definitivamente en mi destino. *(Breve pausa.)*

BERTA.

¿Sabe usted, señora, qué dice el jardinero?

CLARA.

¿Qué dice el jardinero?

BERTA.

Pues que anoche, cuando se oyeron esos ahullidos desgarradores, salió para ver que ocurría y, al abrir la puerta, vió pasar al perro como una furia, persiguiendo á una forma blanca que iba huyendo, deslizándose á ras de tierra, sin tocar al suelo... *(Una ráfaga de viento hace chocar una puerta con estrépido. Algunas hojas secas vienen á caer en la habitación. Berta con terror.)* ¡Jesús. María y José!

CLARA.

¡Berta! ¿Qué fué?

BERTA.

Una puerta que se ha cerrado. No me quedó en las venas ni una gota de sangre. Esto ya no es vivir. Siempre sobresaltados. ¡Dios de misericordia!

ADELA, *de adentro.*

¡Berta, Berta! ¡Mamá, mamita! Se apagó la lámpara...

CLARA.

Ve, corre, Berta. Aquel cuarto está completamente á obscuras. ¡Pronto!

ADELA, *siempre de adentro.*

Ligerito, que está aquí el doctor.

BERTA.

En seguida: allá voy. *(Sale por la derecha. Clara se deja caer en el sofá, mientras se seca una lágrima. Después, oyendo que se apróxima D'Albano se reprime, esforzándose para parecer tranquila.)*

ESCENA II

CLARA, D'ALBANO *y* BERTA.

D'ALBANO, *por la derecha; detrás de él viene Berta.* Buenas tardes ó... buenas noches, Clara. Con este tiempo no es fácil distinguir.

CLARA.

Es cierto: no es fácil... nada es fácil en la vida.

D'ALBANO.

¡A qué vienen esas melancolías, oigamos?

BERTA

¡Ah, doctor, una gran inquietud nos embarga á todos!

D'ALBANO.

¿Pero por qué, veamos?

BERTA.

¿Ha visto, doctor, lo que ha pasado anoche con el perro de casa?

D'ALBANO.

¿Qué ha pasado?

CLARA.

¡Quita de ahí con esas tonterías!

BERTA.

Llámelas usted como quiera. Ya no soy una chiquilla. Experiencia tengo de la vida.

CLARA.

No digas tonterías, repito.

D'ALBANO.

Pero ¿qué ha sido? ¿Puede saberse?

BERTA, *resentida.*

Nada... nada...

CLARA.

¡Le ocurre cada cosa!

D'ALBANO.

Pasando por el jardín he visto que también ustedes han sentido los efectos del temporal.

BERTA.

Como nadie.

CLARA, *en el fondo de la escena, mirando al jardín.*

El rosal de rosas blancas que nos había traído Ana... está completamente destrozado...

BERTA, *con presteza.*

Y allí, en lo intrincado de sus ramas, apareció el perro muerto.

D'ALBANO.

A propósito: ¿ha visto usted, Clara, que los diarios anuncian un nuevo libro de Ana? *(Clara desaparece por la izquierda sin haber oído á D'Albano.)*

D'ALBANO.

No me ha oído.

BERTA.

Todos son así en esta casa, doctor. Y, en rigor, no sé si se pueden llamar personas vivas, tanto al padre como al hijo. ¿Ha visto al señor Carlos hoy?

D'ALBANO.

En estos dos últimos meses, desde que se ha marchado Ana, ha dado pruebas de una energía que yo nunca hubiera sospechado en él. No le creía tan fuerte.

BERTA.

¡Ah, doctor, yo temo! ¿Qué quiere usted? Yo temo. ¡Dios no lo quiera!

D'ALBANO.

¡Oh, no es de él de quien hay que temer... al menos por ahora.

BERTA, *casi aturdida, interrogando con la mirada.*

¡Cómo! ¿Doctor?...

ADELA, *de adentro.*

¡Berta! ¡Beeerta!... Te llama papá.

D'ALBANO.

No se aflija usted, Berta. Tranquilícese. ¿Jorge está en su cuarto? *(Berta asiente con la cabeza, y mirando al doctor fijamente vase por la derecha. D'Albano mira la hora en su reloj y se marcha por la izquierda.)*

ESCENA III

CARLOS, BERTA *y* ADELA

BERTA, *empujando el sillón en que viene sentado Carlos.*

Quítese usted de aquí. *(A Adela.)* Ya sabe que no tiene suficiente fuerza.

ADELA *queriendo empujar el sillón*

Déjame, déjame un poquito; verás como lo hago caminar, un poquito nada más; déjame.

BERTA.

¡No sea usted caprichosa; señorita Adela!

ADELA, *poniéndose delante del sillón para impedir que ande.*

¡Y yo no te dejo pasar, ea!

BERTA.

¡Adela!... ¡Adela!... ¡No empecemos!

ADELA

He dicho que no te dejo pasar. ¿Verdad papaíto?

CARLOS.

Pero de esa manera no llegaremos nunca; y tú no conseguirás enseñarme los árboles derribados por el temporal.

BERTA.

Seguramente.

ADELA.

Pues que me deje empujar la silla.

BERTA.

Pero si no puedes, vida mía.

ADELA.

Ya verás cómo puedo, ya verás. *(Empuja la silla y apenas consigue hacerla adelantar un poco. Luego dice á Carlos con aire de triunfo.)* ¿Has visto, has visto? ¡Y luego dicen que no tengo fuerza!

CARLOS, *la besa con efusión.*

¡Sí tienes fuerza, si tienes! *(Berta sonríe y conduce á Carlos á la terraza, luego sale por la derecha.)*

ADELA, *indicando al jardín.*

¡Mira, mira, allá! ¡Oh! ¡Hay otro árbol caído que yo no había visto! Mira, papá: allá. *(Otra ráfaga de viento trae á la escena algunas hojas secas.)* ¡Uh! ¡uh! ¡Los árboles ya no tienen hojas! ¡Mira, mira! *(Recoge algunas y se las enseña á Carlos.)*

CARLOS.

No importa. De todos modos, esas son cosas muertas.

ADELA.

Sí, pero si el viento no las arrancase de las ramas, quedarían en ellas más tiempo.

CARLOS.

Pero como cosas muertas. Déjalas, no toques nada de lo que está sin vida.

ADELA, *dejando caer las hojas que había recogido.*

A mí no me gustan los árboles como están ahora. Me entristecen. A ti también, ¿verdad, papaíto?

CARLOS.

Sí, querida: á mí también.

ADELA.

Pero á ti más. Hoy estás muy triste, ¿por qué? *(Carlos besa á Adela con verdadera efusión.)*

ESCENA IV

DICHOS, CLARA, *luego* BERTA *y* D'ALBANO.

(Clara viene por el fondo. Su aspecto revela profunda angustia. Al ver á Carlos que besa á Adela, se detiene como si le faltasen las fuerzas para sostenerse de pie. Carlos levanta la cabeza, y mira en silencio á Clara que se adelanta lentamente.)

ADELA, *á Carlos, bajo.*

También mamá está muy triste hoy, ¿verdad?

CARLOS, *profundamente turbado, bajando la voz.*

Llévame más allá, llévame más allá, Adela (*Indica fuera de la escena.*)

ADELA.

Sí, sí, y verás como tengo fuerza. (*Empuja el sillón y salen.*)

D'ALBANO *viene por la izquierda, y viendo á Adela que empuja la silla de Carlos, la exhorta.*

¡Oh, qué guapa es! ¡Bien, así! ¡upa! ¡upa! (*Y va detrás de ellos. Berta entra por la derecha con un paquete postal y una libreta de recibos. Clara, al verla, le arroja sus brazos al cuello, sollozando.*)

BERTA, *con sobresalto.*

¡Jesús María ¿Qué pasa, señora?

CLARA, *enjugándose las lágrimas.*

Nada, Berta; nada, nada.

BERTA.

Pero ¿qué ha sido? ¿Está usted mala?

CLARA.

No tengas cuidado. Ya pasó. Ganas de llorar... de desahogarme. Nada que valga la pena. (*El llanto le anuda la garganta. Vase por la derecha.*)

BERTA.

¡Esto no es vivir, Dios mío!

ESCENA V

JORGE, BERTA, *luego* D'ALBANO.

(*Jorge entra por la izquieda. Camina lentamente; está demacrado, y sus ojos hundidos parecen buscar algo que no se encuentra.*)

BERTA, *con timidez.*

Señor Jorge... el cartero ha traído esto para usted. (*Le alcanza el paquete postal.*)

JORGE, *le toma, con gesto inconsciente, sin mirar á Berta.*

Hay que firmar: viene certificado. (*Le da la libreta. Jorge, inmóvil, como siguiendo el curso de sus ideas.*) Sí, sí, hay que firmar.

BERTA.

Aquí está la pluma, señorito... (*Le da la pluma.*)

JORGE.

Sí, también la pluma.

BERTA, *indica el lugar de la firma.*

Aquí, mire usted, soñorito.

JORGE *firma, Berta recoge la libreta y se marcha*

por la derecha. Jorge mira en derredor. De pronto, como herido por un presentimiento, se lanza sobre el paquete postal que acaba de recibir, corta el hilo, desgarra el papel en que viene envuelto, nerviosa y frenéticamente, cual si sostuviese una lucha desesperada con un enemigo invisible, mientras su pecho rompe en quejidos sordos, amenazantes, terribles. Luego lee concitado:

«Ana Falchi: *La segunda vida,* novela.» (*Deja caer el libro de sus manos como si le quemase. Jorge tiene el aspecto de un alucinado; sus ojos consumidos por la fiebre se agrandan, y sus facciones alteradas revelan el interior desgarramiento. D'Albano viene del fondo. Jorge, al verle, corre hacia el libro que está sobre la mesa, como si hubiese perdido el don de la palabra, agita la mano con desesperación. Por último exclama con fuerza:*) ¡Allí está, allí está, allí, allí!...

D'ALBANO.

¿Qué?

JORGE

¡Mi libro, mi novela! ¡Mi vida; la última ilusión! ¡Todo!

D'ALBANO, *toma el libro y lee.*

«Ana Falchi».

JORGE.

Sí ella: Ana Falchi, ¡la esfinge! (*D' Albano deja el libro en su sitio, pero sin demostrar ninguna sor-*

presa. Jorge, estupefactado, en el paroxismo del dolor.) ¿Pero entonces es cierto? ¿Es cierto que yo estoy... agotado? ¿Es cierto, es cierto?

D'ALBANO, *sin convicción.*

No, Jorge. ¡Vaya unas ideas! ¿Quién le ha dicho á usted...?

JORGE.

Todo lo dice: su actitud misma. Lo dice ese libro que yo concebí y luego no he podido escribir, no he podido. ¿Comprende? ¡no he podido! ¡Ah, es tremendo: morir para lo único que vive en mí verdaderamente!

D'ALBANO.

No, Jorge; no haga usted caso. Eso pasará. No se aflija. Ya vendrán días mejores; usted es joven.

JORGE.

Lo siento, lo siento: no consigo fijar una sola de las ideas que se agitan en mi cerebro.

D'ALBANO.

Trate usted de reponerse, Jorge; y verá cómo vuelve la disposición al trabajo sano, viril...

JORGE.

¿Pero quién me dará otra concepción como la que encierra ese libro, que yo no he podido escribir?

D'ALBANO.

Usted es joven.

JORGE.

Con ese libro mi joventud acaba.

D'ALBANO.

No, Jorge; el alma renace todos los días cuando se tiene fe en la vida.

JORGE, *como hablando consigo mismo.*

Ana Falchi, ¡bella y terrible!

D'ALBANO.

Sea, pues, en holocausto de un amor que fué.

JORGE.

¡No! ¡Yo no he amado nunca á esa mujer, como ella tampoco me amó á mí.

D'ALBANO.

No sea tan poco generoso con usted mismo, Jorge, contradiciendo sentimientos demasiado vivos aún en su corazón.

JORGE, *exaltado.*

¡He dicho que nunca amé á esa mujer!

D'ALBANO.

¿No la amó usted? Y entonces ¿cómo...? *(Pausa.)*

JORGE.

No sé. Yo mismo no consigo explicarlo. Sólo recuerdo, confusamente, que la conocí en una

época de mucho sufrimiento. La soledad me impresionaba. Tenía miedo.

D'ALBANO

¡Miedo!

JORGE, *con profunda amargura.*

¡Ah, ya comprendo! Usted escucha con asombro mi confesión. ¡Cuánto se lo agradecería si, en lugar de escucharme usted como médico, me escuchara como amigo! Ante sus ojos yo no represento más que un *caso;* el ser humano no existe. La enfermedad, sí, la enfermedad; déjemelo usted decir, es la que le interesa...

D'ALBANO, *resistido.*

Jorge, la dureza de sus palabras me sorprende, pues creo que no se justifica en manera alguna.

JORGE.

Perdone usted, D'Albano. *(Pausa.)* Esa noche yo fuí víctima de un cúmulo de sensaciones estétitas. Después Ana conoció mi secreto. Consintió en darme, á escondidas, el veneno que usted sabe. Y así como antes me había unido á ella por el miedo, continué después por temor. Y todos los días, no sé por qué extraño sortilegio descubrí en ella una nueva belleza, un nuevo encanto imprevisto, que me subyugaba cada vez más y que cada vez más me infundía terror! *(Se cubre el rostro con gesto desesperado.)*

D'ALBANO.

¿Y usted ha podido prolongar tanto tiempo una situación semejante. *(Jorge deja vagar su mirada perdida en el vacío.)* ¿Y no ha tratado de reaccionar contra usted mismo en los momentos de realidad serena?

JORGE.

¿De realidad serena? Pero nosotros ¿quiénes somos? ó, mejor, ¿cuándo somos nosotros? ¿cuándo somos lo que sentimos ser? Nuestra realidad ¿cuándo está realmente en nosotros? ¿Qué valor debemos tener de nosotros mismos, si no somos más que una sensación fugaz, siempre mudable, jamás reductible? *(Después de una pausa.)* Yo, yo soy siempre otro, pero otro siempre distinto. En mí hay dos personas: una impasible y otra que actúa; una que observa y sigue todos los actos de la otra y ésta vive una vida tan concitada, múltiple, rápida mudable, febril, que al que observa no le queda tiempo para fijar la atención en una sola de las tantas situaciones que vibran en el espíritu del otro.

D'ALBANO.

Eso ya pasará, cálmase usted; ha fatigado un poco su mente, pero pasará, no tenga duda.

BERTA; *en el umbral de la derecha.*

Doctor, aquí esta el hombre de anoche. Dice que el enfermo está malo, que ha emperorado.

D'ALBANO.

¿Eso dice?

BERTA.

Y suplica á usted que pase á verlo en seguida.

D'ALBANO

Dile que al instante. Faltaba esto ahora. *(Berta se marcha.)* Perdone usted, Jorge. No tardaré en volver. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA ULTIMA

JORGE, CLARA, *luego* CARLOS *y* ADELA.

(Clara, por la derecha. Al ver á Jorge se detiene.)

JORGE, *se sienta cerca de la mesa.*

¡Ana Falchi! *(Se enjuga una lágrima, y deja caer la cabeza sobre el libro, pero sin reparar en Clara que le observa. Luego, al levantar la mirada, se estremece ligeramente, pues sus ojos se encuentran con los de Clara.)* ¡Ah, es usted, Clara!

CLARA *se le acerca con timidez. Jorge se pone de pie, pero al levantarse tiene un desvanecimiento y vacila como si fuese á caer. Clara va hacia él para sostenerle. Jorge la rechaza.*

Se diría que me trata usted como un enemigo.

JORGE, *apoyándose en ella.*

No, Clara, no.

CLARA.

¿Llora usted, Jorge?

JORGE.

¡He sufrido tanto, Clara! Hace un rato he visto toda mi existencia pasada. ¡Qué triste soledad me ha rodeado siempre!

CLARA, *con efusión.*

¡Jorge!

JORGE.

Ahora todo ha pasado. Una luz inefable ilumina mi alma, Clara. ¡Es tan hermoso poder llorar alguna vez!

CLARA.

¿Ha llorado usted muchas veces, Jorge?

JORGE.

Muchas veces no; pero es muy bello poder llorar...

CLARA.

¡Benditas sean esas lágrimas si ellas le conducen á mí, Jorge!

JORGE.

¡Sí, benditas sean! *(Le arroja los brazos al cuello como para sostenerse. Está pálido en extremo. Clara le atrae apasionadamente. Sus labios se unen, Clara le besa férvida y largamente, como si quisiera aspirar el alma de su amado. Carlos y Adela aparecen en la terraza.)*

ADELA *se adelanta, y al ver á Clara y á Jorge, sonríe, corre de puntillas hacia Carlos y le dice en voz baja.*

Papá, papá; han hecho las paces; se abrazan, se besan...

CARLOS *aturdido, como si temiese comprender lo que ocurre.*

¿Quién? ¿Quién se está besando?...

ADELA.

Jorge, mamá. ¡Qué contenta estoy, qué contenta!

JORGE, *con voz apagada, desvaneciéndose.*

¡Clara!...

CARLOS.

No, no es cierto, no es cierto...

CLARA, *sosteniéndole.*

¡Jorge!... ¡Jorge!...

ADELA.

Sí, papaíto. Yo lo ví. ¡Qué alegría!

CLARA.

¡Jorge; mírame, Jorge!

CARLOS.

Llévame allá. ¡Quiero ver... quiero ver!... *(Carlos está demudado, y tiembla febrilmente.)*

ADELA.

Sí, sí, verás. ¡Qué contenta estoy! *(Empuja la silla hacia la escena. Jorge está casi rígido. Clara se inclina sobre él fuera de sí.)*

CARLOS, *desesperadamente.*

Empuja, empuja, vida mía ¡Pronto, quiero ver... quiero ver!...

CLARA, *al ver las pupilas de Jorge sin vida.*

¿Qué? ¡Jorge! ¡Jorge! ¡Ah, no, no, no es posible! ¡Jorge! ¡Jorge!

ADELA.

¡Uh! ¡cómo pesas, cómo pesas ahora! Casi no puedo moverte.

CARLOS.

Todavía un poco, un poco más. Pronto, pronto. ¡Dios mío!

ADELA.

Ahora; mira, mira. *(Carlos queda en medio de la escena, por fin ve á Clara y á Jorge. Clara, al ver á Carlos, lanza un grito de terror, deja caer á Jorge de golpe y retrocede mirando á Carlos. Carlos sigue á Clara con la mirada. Poco á poco, sus facciones se contraen hasta transfigurarse morbosamente. Adela le mira; luego va hacia Jorge, se inclina sobre él, y golpeando las manos con mimo infantil exclama yendo hacia su padre.)* ¡Qué bien se hace el muerto, qué bien se hace el muerto! *Carlos fija sobre ella los ojos y sonríe como un idiota.)*

FIN DEL DRAMA

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

Colección de las mejores obras dramáticas á CUATRO REALES tomo

Ibsen.—Halvard Solness.
» —Hedda Gabler.
» —Los puntales de la sociedad.
» —Un enemigo del pueblo.
» —Casa de muñeca.
» —La unión de los jóvenes.
» —Brand.
» El pato silvestre.
» Espectros.
» La dama del mar.
» Rosmersholm.
» El niño Eyolf.
Shakespeare.—Hamlet.
» —Otelo.
» —La fierecilla domada.
Balzac.—Lucha eterna.
Strindberg.—La señorita julia.
» —Padre.
Sudermann.—El honor.
» —Magda.
Marlowe.—Fausto.
Pagano.—Más allá de la vid.
» —El dominador.
» —Nirvana.
» —Almas que luchan.
Maeterlinck.—La intrusa.—L ciegos. — Interi
T. de Molina.—D. Gil de las calzas verd
» —El vergonzoso pala
» —La Villana de Vallec
Moratin.—El sí de las niñas.— ca
Hauptmann.—Almas solitaria
Calderón.—La vida es sueño.
Dumas.—La dama de las cameli
Gener-Omedes.—El Sr. Minist
Payró.—Sobre las ruinas.

Á DOS REALES tomo

ANÓNIMO.—El diablo predicador.

JOVELLANOS.—El delincuente honrado.

LABAILA.—Los comuneros de Cataluña.